
This XML file does not appear to have any style information associated with it. The document tree is shown below.

Aparcamos y fuimos directos hacia la embarcación. Aún era de día pero pronto empezaría a anochecer y no queríamos, su padre y yo, que la noche la pillara en el trayecto de regreso. El mar podía ser muy traicionero. La muchacha había protestado alegando que la luna aún estaba casi completa, pues el viernes hubo luna llena, y podría ver perfectamente hasta sin el foco de la barca. Pero su padre había sido bastante intransigente en ese sentido y la hizo prometer que estaría en casa antes del anochecer.

—Ha sido un día muy bonito —comentó mientras manejaba la semirrígida por un mar casi plano—. Si te parece podríamos repetirlo.

La miré y sonreí.

—Claro, cuando quieras.

Calló unos segundos, luego me miró con cierta precaución y preguntó:

—¿Te importaría si algún día vengo a visitarte? ¿A pasar el día?

—Me encantaría —respondí y sentí que se me dibujaba una sonrisa bobalicona, de esas de las que ponen en las comedias a los tíos que se enamoran.

Ella sonrió también y para mi sorpresa extendió su mano derecha y con la palma acarició mi mejilla.

—Gracias.

Miré durante unos segundos la estela que iba dejando mientras se alejaba, regresando a su casa. Sentí que una ligera tristeza invadía mi corazón. No entendía que me estaba pasando, apenas conocía a esa chica y parecía que me había enamorado de ella. ¿Enamorado? No estaba seguro, apenas había tenido trato con mujeres a no ser mi madre, mis tías o alguna prima. Cuando estaba en el colegio apenas hablaba con ninguna y si lo hacía era porque ellas necesitaban que las dejase copiar la tarea, o que les hiciese algún dibujo. En definitiva, solamente existía, para ellas, por interés.

Regresé con paso lento al caserón mientras la luz del día empezaba a perder intensidad y el sol comenzaba a ocultarse tímidamente tras el islote de Lobos.

El calor había disminuido por lo que decidí cenar fuera de la casa, a pesar del cruasán y el batido de Puerto del Rosario. Me preparé unos huevos revueltos con chorizo de

perro y cogí una cerveza de la nevera. Aunque don Julio me había sermoneado acerca del ahorro, y de la importancia del mismo, había decidido hacer caso a Abel y dejar el motor encendido. Según el pescador sería mejor para los electrodomésticos y, por supuesto, para mí.

Cogí dos sillas que habían en la cocina y las dispuse en el exterior como mobiliario para mi frugal cena. También saqué el televisor portátil y puse una cinta con música de El último de la fila. Manolo García era uno de mis cantantes favoritos. Según pulsé el botón de *play* empezó a sonar uno de sus últimos temas, *Astronomía razonable*.

Déjame asomar a tu sueño, amor,

ver al mundo opinar.

ver lo que no vi, ser lo que no fui,

en tu amor naufragar.

entregarme al vértigo salvaje

de una astronomía razonable.

Arropados por la bendición

del desorden lunar,

dejaremos toda ley atrás divina o terrenal.

déjame asomar a tu sueño, amor,

y olvidar el dolor;

que es duro aceptar la dictadura

de un único dios.

Terminada la cena dejé el plato y lo cubiertos en el fregadero. No tenía ganas de fregar y dado que no había nadie que me lo impidiera decidí dejarlo para por la mañana.

Volví a salir al exterior, aún estaba bastante excitado por todo lo que había pasado a lo largo del día por lo que decidí caminar un poco. Y es que la luz de la luna y la ligera bajada de temperatura, no mucho la verdad, acompañaban a realizar el paseo. Salí hacia el este, guiándome por la Osa Mayor, ya que la estrella Polar apenas era visible, hasta llegar a la costa. Me quedé sorprendido por como el agua había retrocedido, seguramente por la Luna y la gravedad. Respiré hondo y sentí, con agrado, el salitre introducirse por mis fosas nasales y bajar hasta mis pulmones. Me sentía en la gloria, ojalá a partir de ahora todos los días fuesen así de parecidos. Sabía que eso no sería así pero me gustaba imaginarlo así, junto a Carmen recorriendo la isla, comiendo juntos y riéndonos de todo y de todos. Era un plan perfecto.

No sé cuánto tiempo estuve ensimismado en mis pensamientos, tal vez un par de minutos tal vez más, hasta que un ruido en la distancia me sacó de mi estado. Al principio, no tuve claro hacia donde mirar pero después de reconocer el ronroneo y recordando que era el único residente del islote, o eso decían, desvíe la mirada hacia el mar. A cierta distancia, no sería capaz decir cuanta, reconocí la silueta de un barco, parecía un pesquero. Era de mayor tamaño que el de Abel pero sabía que de ahí no podía venir el sonido, era como el del motor de la lancha de Carmen. Desvié la mirada hacia la izquierda y entonces la vi, efectivamente era una embarcación similar pero algo más grande. Daba la impresión que venía de la zona norte del islote, cosa que sabía que no era posible, lo más seguro que vinieran de la cercana Lobos o que se hubiesen acercado a esa zona para comprobar algo, pero al no estar muy informado del mundo de la pesca no podía averiguar, o por lo menos presuponer, el motivo de tal acción. Un par de minutos después la motora alcanzó al pesquero y yo decidí regresar a la casona, el cansancio ya empezaba a entrecerrarme los ojos.

7

Los días pasaron velozmente, gracias a Carmen y su compañía, lo que en un principio yo había pensado que iba a ser un pequeño calvario laboral se convirtió en unas agradables vacaciones con algo de faena. Porque a lo que había hecho en esa semana y media no podía llamársele trabajar.

Siempre que iba a Villa Juana nos veíamos y ella, como una buena anfitriona, me enseñaba poco a poco la hermosa Fuerteventura, pues a pesar de ser una tierra calurosa y sin gran vegetación tenía un enorme encanto. Y la mayoría de los días que me quedaba en el Este ella se acercaba un rato por la tarde a hacerme compañía e irnos conociéndonos cada vez más. Dicho conocimiento a su vez iba afianzando mis sentimientos hacia ella, a la vez que creía percibir algo parecido en Carmen pero no estaba nada seguro. Era más fácil para mí acertar una quiniela que saber lo que sentía la gente que estaba a mi alrededor, sentimentalmente hablando.

Llegó el sábado y me levanté temprano como siempre que ella venía a recogerme. Íbamos a pasar todo el día fuera aunque desconocía nuestro destino a pesar de todos mis intentos por averiguarlo, y no fueron pocos.

A las nueve atracaba en el pequeño muelle de la isla. De ahí a Villa Juana y al final fuimos a la zona de la península de Jandía en el sur de la isla. Allí estuvimos en la playa de Sotavento. Un lugar maravilloso con unas aguas azul turquesa y unas olas que hipnotizaban por su majestuosidad y belleza, después seguimos caminando hacia la playa de Jandía, o del Matorral, y de ahí caminamos al faro de Morro Jable, una torre altísima de más de cincuenta metros de altura y pintada de un blanco reluciente.

—Hace un par de años que lo construyeron, pero aún no está en funcionamiento —comentó mirando la enorme estructura—. Dicen

que tal vez el año que viene.

No dije nada, miré a la muchacha que esbozó una pícara sonrisa.

—Pero este faro sirve para algo más que avisar a los barcos de la cercanía de las islas— hizo un gesto indicativo con la barbilla y seguí con los ojos la dirección marcada. Sirve de frontera, si se puede decir así, de la zona con ropa de la zona nudista.

Ahora fui yo el que sonrió.

—¿Te atreverías? —preguntó mientras se sonrojaba, era la primera vez que yo recordaba.

—No sería la primera vez —hice un gesto para ir hacia allí pero ella me cogió de la mano derecha para detenerme.

Me giré y me puse frente a ella, para mi sorpresa y desboque de mi corazón me sujetó mis manos con las suyas. Me agarraba de manera suave, con cautela y cariño a la vez.

—Otro día —comentó, la timidez se había trasladado de sus mejillas a sus palabras. Me miró a los ojos con un brillo especial—. No sé si estoy preparada. Me gustaría… pero no sé si tú.

Me encogí de hombros.

—Por mí no hay problema, ya te dije que no es la primera vez. En Tenerife hay varias playas…

—¿Me estás vacilando? —preguntó sorprendida, mientras sus ojos se movían rápidamente en sus cuentas— ¿De verdad, no sabes de qué hablo?

Y sin más se acercó a mí y besos mis labios con los suyos. Fue un beso rápido y casto, yo me encontraba con la boca cerrada y no esperaba aquella reacción.

Carmen retrocedió, su cara demostraba cierta preocupación y confusión.

—Disculpa yo…

—No, no tienes que disculparte —la interrumpí—. Me gustas, pero no esperaba que me besaras. Para estas cosas soy… soy un patoso… un torpe. Me cuesta reconocer si alguien…

Posó su índice en mis labios en señal de que me callase. Así lo hice y sus labios volvieron a estar junto a los míos. Ahora sí fue un beso intenso, fue mi primer beso, mi primera vez.

Fue algo mágico. Mi corazón se descontroló y por un momento pensé que se saldría de mi pecho, a la vez una energía desconocida cruzó todo mi cuerpo haciéndome sentir un escalofrío de profundo placer.

Las siguientes horas fueron como vivir en una nube y en una película de adolescentes, a su vez. Todo era hermoso y nuevo, cada gesto, cada palabra, cada beso. Era agotador y a la vez energizante. Comimos en un chiringuito en la playa del Matorral, no muy lejos de los hoteles de la zona y cuyos precios se acercaban más al nivel de los ingleses y alemanes que al de los isleños. Después, tras tomar unos helados en Puerto del Rosario regresamos a Villa Juana. Estaba aterrado con la idea de volver al Este, de volver a estar solo ahora que había encontrado a alguien maravilloso que me hacía sentir especial y feliz, inmensamente feliz.

Entramos en el bar que para mi sorpresa estaba casi vacío. Habían sólo dos personas en la barra que parecían discutir o hablar acaloradamente con Antonio. Según entramos el padre de Carmen nos miró, en ese momento sus interlocutores se giraron y callaron. Volvieron su rostro hacia Antonio y uno de ellos, de pelo rubio teñido que le llegaba casi a los hombros, le dijo con un tono más tranquilo que ya vendrían en otro momento para terminar de solucionar el problema. Dicho esto se giraron y salieron del establecimiento.

—¿Y esos hombres, papá? —preguntó Carmen preocupada.

—Unos proveedores que están empeñados que les debo una factura —respondió a la vez que hacía un gesto como para quitar hierro al asunto—. Lo más probable es que la perdieron y quieren echarme la culpa a mí para que la pague, y así no se la descuenten de sus nóminas. Pero no te preocupes, cariño. ¿Y cómo os fue el día?

—Bien, muy bien —respondió sin poder evitar usar un tono demasiado eufórico—. Estuvimos por el sur viendo el nuevo faro. ¿Te importa si vamos dentro? Quisiera enseñarle la máquina a Óscar.

El posadero me miró detenidamente, luego se le dibujó una pequeña sonrisa en sus labios y me di cuenta que sospechaba algo aunque era incapaz de saber hasta dónde llegaba su imaginación. Asintió con la cabeza y miró hacia la pared que tenía detrás de él.

—Claro que no, mi vida. Pero no os entretengáis mucho, no quiero que te pille la noche al volver.

—Tranquilo, papá —replicó ella y de un tirón me llevó hacia el interior de la barra.

En esta había una puerta cerrada por la que entramos a lo que era una sala de estar, en su momento según me explicó Carmen todo era el salón de la vivienda hasta que su padre con ayuda de su abuelo habían levantado el tabique y dado forma al bar actual. Todo lo habían hecho ellos, hasta la barra. De hecho la casa la había construido su abuelo con ayuda de su bisabuelo, cosa habitual en aquella zona la de comprar unas tierras y hacerse uno mismo la vivienda. De ahí que algunas tuviesen diseños y distribuciones curiosas y atípicas.

En un extremo de la sala había una escalera que subía al piso superior.

La planta alta estaba distribuida de una forma bastante simple, un pasillo y habitaciones a cada lado, en total había cuatro dormitorios y un cuarto de baño. Su habitación estaba junto a la escalera en el lado opuesto al bar, y tenía un pequeño balcón que permitía asomarse y sentarse en una sillita pero poco más.

—Bonita habitación —dije mirando con detención cada detalle del cuarto. Me llamó la atención que tenía un póster de Star Trek—. ¿Y eso?

—¿Chulo, verdad? —preguntó sin disimular su orgullo—. Es un original de la película *Star Trek VI*.

Me acerqué a la pared y miré el cartel, efectivamente era original y estaba en inglés.

—Aquel país desconocido —traduje de éste—. No la he visto.

—¿No la has visto? —preguntó con tono de sorpresa— Pues el próximo día me llevo la tele y el reproductor de video a tu casa y la vemos.

Ahora fui yo el sorprendido.

—Pero, eso película se estrenó hace poco más de dos años. ¿Ya la tienes en video?

Sonrió y me señaló una pequeña estantería que estaba frente a su cama, en ella había una docena de cintas de vídeo VHS además de casi una veintena de libros. La temática de las películas recaía casi en su totalidad en las de ciencia ficción: *Star Trek*, *Tron*, *Pesadilla en Elm Street* y, algo que me chocó, la serie *Espacio 1999*. Me giré y le señalé las cintas.

—Son de mi padre —comentó ella riéndose—. ¿Quién crees que me metió el gusanito de la ciencia ficción? Fue él.

—Pero esa serie se emitió a finales de los años setenta, entonces no había grabadores VHS —dije sorprendido.

Ella asintió con la cabeza y se acercó a la estantería y cogió una de las cintas.

—Sí, pero no sé cómo lo hizo pero consiguió las dos temporadas completas. Ven, esto es lo que quería enseñarte —dijo cambiando de tema y acercándose a una mesa que tenía el tamaño justo para lo que había en ella—. Mi máquina.

Era un ordenador con su correspondiente monitor, en el suelo había una impresora Epson, probablemente una Stylus 800.

—¿Te gusta? Tiene un Pentium con cuatro megas de RAM y quinientos veinte megas de disco duro, Windows 3.1, lector de CD y una tarjeta de sonido Sound Blaster que alucinas. De lo mejorcito que hay en esta isla. Además de la última versión del Word Perfect, me gusta más que el Word. Mi padre me lo compró para cuando vuelva a la universidad.

Abrí la boca como un tonto, aquello era una pasada y tenía que costar un pastón entre la impresora y el ordenador sumarían más de doscientas mil pesetas, la impresora solamente podría costar casi las cincuenta mil. La verdad que tenía un padre muy generoso y bueno.

Permanecimos en la habitación un rato más, hasta que tuve que marcharme. Como ya era costumbre Carmen me llevó hasta el islote.

—Se me van a hacer largos los próximos días —comentó una vez habíamos llegado y caminábamos hacia la casona.

Me giré hacia ella extrañado.

—Me voy unos días con mi madre a Gran Canaria. Mis padres están divorciados desde hace cuatro años —explicó mientras se

encogía de hombros—. Siempre paso unos días con ella, aunque la mayor parte del tiempo estoy con mi padre ayudándole en el bar. Además no me cae muy bien la pareja de mi madre, es un… un impresentable. No voy a decir más.

Me abrazó y me dio un beso, un beso apasionado que hizo que algo despertara en mi entrepierna. Ella lo notó y se apartó discretamente.

—Disculpa —dije, volviéndome la timidez que parecía haber perdido con ella.

Se rió y miró hacia mi cintura, donde se apreciaba un bulto. En ese momento me maldije por no llevar calzoncillos.

—No pasa nada —dijo y me miró con picardía—. Pero deberías de ponerte unos slips porque no todas tienen mi… mi resistencia.

Y con delicadeza pasó sus dedos índice y corazón sobre el bulto que marcaba mi pernera izquierda y se los llevó a la boca como si los saboreara, guiñándome un ojo. Tragué saliva y ella no pudo evitar soltar una fuerte carcajada.

—Todo llegará —dijo en tono serio, una vez que pudo controlar la risa—. Pero no será mañana ni pasado. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo —afirmé con rotundidad—. Será cuando tu quieras.

Ella negó con la cabeza.

—No, será cuando ambos queramos.

8

Me levanté con desgana, el reloj marcaba las once y no tenía nada que hacer. La casa, la pequeña parte que ocupaba, estaba limpia y en un principio no había nada que arreglar. Iba a ser un domingo bastante largo porque tampoco iba a ver a Carmen.

Me preparé una cafetera y unté un par de rebandas de pan de molde con mantequilla y mermelada de fresa. Cuando estaba terminando el desayuno oí una voz que reconocí al instante. Era Abel, el pescador.

Me levanté de la silla y salí fuera de la casa. Vi al marinero con una gran caja en las manos. Me acerqué sorprendido, yo no había pedido nada y, además, hoy las tiendas estaban cerradas.

—Buenos días —saludó cuando ya estábamos a una distancia suficiente, para no tener que gritar.

—Buenos días, no te esperaba —respondí y señalé con la barbilla la caja—. ¿Y eso?

—Un reproductor de video y unas cintas, en la barca está el televisor. Lo manda Carmen, para que no te aburras.

Dos horas después, y tras invitarle a un par de cervezas, volví a quedarme solo pero ahora con un entretenimiento con el que poder matar las largas horas del día.

Tras revisar las cintas decidí ver la última película de Star Trek y para mi sorpresa no estaba del todo mal, aunque sí era cierto que a sus protagonistas ya se les notaban los años.

Al día siguiente, y como había quedado con Abel, me levanté temprano. A eso de las diez y media de la mañana llegamos a Villa Juana. Lo primero que hice fue acercarme al bar.

—Buenos días, Óscar —saludó Antonio más verme—. Qué sorpresa, no esperaba verte por aquí.

—¿Y por qué no?

—Como mi hija está en Las Palmas. —dijo guiñándome un ojo.

Sonreí y aproveché para sentarme en una mesa, ya que no había nadie en el bar. Pedí un cortado y un donuts, y los disfruté con tranquilidad mientras pensaba cómo organizar el día. Hay que decir que ese desayuno era una forma de agradecer el gesto del vídeo y las películas.

—Por cierto, gracias por prestarme el reproductor y las cintas —dije tras pagar.

—No hay de qué, fue cosa de Carmen. Me comentó que debías de aburrirte mucho ahí solo, y me pidió esos cachivaches. Yo con el bar no tengo tiempo de nada —comentó mientras me devolvía el cambio—. ¿A la playa?

—Sí, un rato pero primero iré a Corralejo a hacer unas llamadas. Aquí, en Villa Juana no hay ninguna cabina.

—De eso nada, entra a la casa. En la sala tienes uno. Llama a quién tengas que llamar.

—Pero…

—Ni peros ni peras —interrumpió sin darme tiempo a decir más—. Eres un amigo de Carmen y mío. Vamos como de la familia, así que *pa* dentro.

No insistí y pasé al interior. El teléfono, un viejo modelo tipo góndola, se encontraba a la derecha según entré, en una pequeña mesilla junto a un cenicero, una agenda telefónica y varias llaves, algunas juntas en un llavero y otras sueltas.

Marqué el teléfono de don Julio y esperé. Sonó cinco veces antes de que contestaran, justo cuando estaba a punto de colgar.

—Buenos días, despacho del abogado Alcázar —respondió él mismo, para mayor sorpresa—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Buenos días, don Julio, soy Óscar —respondí aún confuso—. ¿Le pillo en mal momento?

Sonó su típica sonrisa y luego habló en un tono menos formal.

—Podríamos decir que sí. Es más, yo no debería estar aquí, se supone que estoy de vacaciones.

—¿Vacaciones?

—Claro, hoy es uno de agosto. Los juzgados cierran para la gran mayoría de los mortales. Vine a por mi pasaporte que ayer me lo dejé aquí. Ahora voy para el aeropuerto del sur —respondió jocoso—. Parece que ese islote te está haciendo perder la noción del tiempo. Dime, ¿necesitas algo?

—No, la verdad es que no. Llamaba para decirle que todo está bien y de paso saber si sabía algo de los herederos, y de hasta cuándo podré estar aquí.

—Vaya, vaya, veo que te está gustando el sitio —rió mientras de fondo se le oía abrir una gaveta y revolver papeles.

—¿Por qué dice eso?

—Porque has dicho hasta cuándo podré estar aquí y no hasta cuándo tendré que estar aquí. Recuerda que soy abogado, muchacho —respondió como si fuera el mismísimo Sherlock Holmes—. Pues para eso tengo buenas noticias para ti. Como ya te dije el día que te llamé los herederos van a tardar, y aunque en un principio pensábamos que para primeros de octubre me da que antes de noviembre ni de coña. Así que podrás seguir disfrutando con lo que sea que te tiene en Babia. Y con respecto a tu sueldo ya se lo di a tu padre, me imagino que te lo ingresará.

Un minuto después colgué tras comunicarme que hasta el uno de septiembre no me pusiese en contacto con él, aunque si era necesario podría llamar a su hermana que ella se pondría en contacto con él. Realicé una segunda llamada, esta vez a mis padres. Quien descolgó el auricular fue mi madre que al escuchar mi voz se puso loca de contenta. Primero me echó una pequeña bronca, en plan cariñoso, por no llamarla más a menudo. Yo la oía pero no la escuchaba como se suele decir me entraba por un oído y me salía por el otro. Mientras ella seguía con su monólogo yo miraba con curiosidad una de las llaves que estaban sueltas. Se parecía bastante a la que cerraba la puerta del despacho y a las que seguramente abrirían y cerrarían las otras puertas de la casa. Entonces, mientras a mi mente venía la pregunta de quién tendría esas llaves un comentario de mi madre me hizo volver a la conversación.

—Espera un segundo —interrumpí aturdido—. ¿Has dicho que tú y papá os vais a Roma?

—Sí, es increíble. ¿Verdad?. Tu padre compró los billetes en secreto como regalo de aniversario. Sí, ya sé que nuestro aniversario es en noviembre pero para esa fecha sería imposible. Ya le he dicho a tu padre que tenemos que ir al Vaticano a ver si podemos oír una misa o ver, al Papa, a Juan Pablo II. Tu padre que es tan negativo me dijo que lo más seguro es que estaría en Castel Gandolfo, pero yo le he dicho que igual tenemos suerte…

Tras desearle feliz viaje y colgar el auricular una fuerte sensación de soledad me invadió de repente. Se podía decir que me había quedado solo. Salí de la vivienda al bar.

Antonio me miró con cierto aire de preocupación tal vez en mi rostro debió de observar algún cambio, algo que le decía que mi estado anímico había disminuido bastante en aquellos pocos minutos que había estado en el interior. Pero con su discreción de profesional de la hostelería no me preguntó nada y salí del establecimiento.

Como un autómata me puse a caminar dejando que mis pies me llevasen a donde quisieran e inconscientemente me llevaron a la zona de las dunas donde había ido la primera vez.

Tras pasar un par de dunas unos gritos me sacaron de mi ensimismamiento. Parecían de una mujer, me detuve para escuchar con mayor atención. Los gritos se escucharon de nuevo. En seguida identifiqué de donde venían y corrí hacia allí.

Al llegar a lo alto de una duna los vi. Eran tres hombres de entre treinta y cuarenta años y la mujer que había visto el otro día, que como en aquella ocasión se encontraba desnuda. La situación no era buena para ella, los tres hombres la rodeaban formando un triángulo. Uno enfrente y los otros dos a cada lado pero un poco más atrás de sus hombros, de tal manera que ella solo podía ver a uno de ellos de cada vez. De los que estaban detrás uno, el de su derecha, tenía la camiseta y las dos partes del bikini de la joven, el otro tenía su mochila y el de delante tenía medio bajado su bañador mostrando su miembro erecto mientras se lo masajeaba y hacía gestos obscenos con la lengua. Tenía que hacer algo, pero qué. Yo no era precisamente un Schwarzenegger, un Van Damme, un Stallone, ni siquiera algo parecido a Bruce Willis. Entonces recordé el teléfono que cargaba, lo cogí y di un fuerte grito para llamar su atención pero parecieron no escucharme porque siguieron acosando a la mujer. Volví a gritar y esta vez sí me oyeron.

Todos se giraron hacia mí salvo ella que siguió sin perder de vista al que tenía delante.

—¡Si no se van, voy a llamar a la policía! —chillé mientras mostraba el teléfono.

Los tres empezaron a increparme y aunque no sé mucho inglés puede entender palabras como culo, madre, follar y estúpido entre otras. Y en ese momento la mujer se movió como un rayo y propinó una patada en la entrepierna del que le exhibía su miembro, haciéndole caer a la arena hecho un ovillo. Los otros dos corrieron hacia ella pero de un hábil quiebre se escapó de estos corriendo hacia mí. Yo hice lo mismo y corrí hacia ella con el teléfono pegado a la oreja como si estuviera llamando, cosa que no podía hacer porque se me había olvidado cargarlo por la falta de costumbre y uso. Al ver la situación los atacantes dieron media vuelta, recogieron a su colega y escaparon a toda velocidad sin mirar ni una sola vez atrás. Al comprobar que huían y no parecían tener intenciones de volver fuimos hacia donde tenía la mujer sus pertenencias dispersadas por la arena.

—Gracias por tu ayuda —comentó según llegamos—. Me llamo Lucía. Estoy en deuda contigo.

—Yo me llamo Óscar —dije y mis ojos bajaron por timidez, topando con sus pechos desnudos haciendo que mi nerviosismo aumentase un poco más.

—Espera un segundo —dijo y se acercó a donde estaba la camiseta y se la puso—. Así tu cerebro podrá funcionar mejor.

Fue como darme una bofetada sin dejar huella pues doler dolió, aunque no fuera un dolor físico.

—Si te parece empezamos de nuevo —habló ella, esbozando una hermosa sonrisa—. Me llamo Lucía.

—Óscar.

Nos dimos sendos besos en cada mejilla.

—¿Llamaste a la policía o a la guardia civil? —preguntó mientras se ponía un pantalón vaquero corto, sin las bragas.

—No, el teléfono no tiene batería. Simplemente, fingí que lo hacía.

La sonrisa de Lucía se amplió dejando entrever su dentadura en su totalidad, a uno de sus incisivos le falta un trozo.

Ella, que parecía estar pendiente de todo, se dio cuenta de mi mirada.

—Me rompí el diente al darme un golpe contra el suelo. Podría haberlo arreglado pero me gusta, me da cierta personalidad.

—Te sales de los cánones de belleza, de las normas —dije sin saber muy bien porqué.

—Exacto —confirmó ella.

Recogimos el resto de sus pertenencias y ella me pidió que la siguiera. Fuimos caminando hasta la carretera, donde había aparcado un viejo Seat Panda rojo. Miré la matrícula, era de Madrid.

—Lo compré de segunda mano —comentó tras ver mi mirada—. Por desgracia los coches no se pueden volver a matricular. Sube.

La miré sorprendido.

—Me has salvado de esos guiris de mierda, te debo una. Déjame invitarte a algo.

—No es necesario. Era mi deber.

Ella soltó una breve carcajada.

—Vamos, sube don Quijote. ¿O vas a dejar bebiendo a una mujer sola?

—No estás bebiendo

—Ahora no, pero en breve sí. Vamos, sube.

Minutos después, siguiendo la carretera hacia el sur, llegamos a una pequeña población de casas pequeñas, la mayoría de pescadores.

—¿Dónde estamos?

Me miró sorprendida.

—En el Jablito —respondió como si fuera lo más obvio del mundo.

Aparcó y bajamos del automóvil. El viento soplaba con algo de fuerza y las olas se oían romper a pocos metros de distancia.

Lucía caminó entre las viejas y sencillas casas, yo la seguía detrás como un perrito. Al final se detuvo ante una edificación blanca de un piso que tenía un letrero de madera que decía: "Bar la Caridad del Cobre".

—Curioso nombre —comenté al llegar a su lado.

—Es por la virgen del Jablito. Si el quince de agosto estás en la isla pásate por aquí —dijo de manera críptica para mí.

El local era más grande de lo que parecía por fuera y más que el de Villa Juana. Conté siete mesas. Nos sentamos en una de las que estaban más cerca de la barra, al lado de cuatro jugadores de dominó. Una mujer mayor de no menos de sesenta años, pequeña como una niña y con un pelo negro recogido en un moño casi tan grande como ella se acercó a nosotros.

—Buenos días Lucía —saludó a mi acompañante.

—Buenos días doñita —respondió ella con voz cariñosa y hasta melosa—. Un par de mojitos, por favor.

La mujer sonrió y regresó al mostrador.

—¿Mojito? —pregunté, me sonaba el nombre pero no sabía muy bien qué era.

—Ya verás, seguro que te gusta —respondió con una sonrisa algo maliciosa—. Miguelito, el hijo de la dueña, los hace buenísimos.

Asentí con la cabeza.

—Curioso nombre, la Caridad del Cobre —comenté para romper el silencio que se había hecho.

—Sí, tiene que ver con la virgen del Jablito que es la de la Caridad del Cobre. Procede de Cuba, la trajo un vecino que había ido a América a buscar fortuna.

En ese momento un hombre de unos cuarenta años se acercó con dos vasos para nosotros. En su interior vi un montón de hielo, unas hojas verdes y un líquido semitransparente, en el vaso había enganchado un pedazo de lima.

Lucía levantó el suyo y brindó.

—Por mi rescatador, al que espero todo le vaya bien en la vida y no se olvide más de recargar el teléfono —recitó y me guiñó un ojo al mencionar el móvil.

Di un pequeño sorbo, estaba delicioso. La mezcla del ron con la hierbabuena eran perfectas o eso me pareció a mí.

—Sabía que te iba a gustar —dijo Lucía, después de dejar su vaso en la mesa.

—Sí, está bueno y fresquito. Ideal para este calor.

Ella me miró, detenidamente, y dio otro sorbo.

—¿Y qué haces por aquí? —preguntó a la vez que ladeaba un poco la cabeza a la izquierda—. Porque no eres de la isla, eso seguro. Y por lo que deduzco no trabajas en los hoteles.

—¿Y cómo has deducido eso? —respondí con otra pregunta, llena de curiosidad.

—Si fueras de aquí conocerías este lugar, todo el mundo lo conoce. Y más desde su lucha contra el señor Bleiker y su intento por tirar todo esto y crear un complejo que iba a llamar "Puerto Ventura", con hoteles de lujo, restaurantes y todas esas cosas. Y de que no trabajas en los hoteles es una deducción por lo que ha pasado antes. Si trabajaras en ellos al verme antes desnuda no habrías mirado de manera tan descarada mis tetas. Serías más discreto, además estarías acostumbrado a ver cuerpos mejores con diminutos bikinis o en topless —explicó su razonamiento mientras sus ojos escrutaban los míos detenidamente.

—Yo no miraba tus te… tus pechos, solo bajé la mirada por timidez —me defendí.

—Lo que tú digas. Pero ¿estoy en lo cierto?

—Sí, en gran parte. No soy de la isla, yo vivo en Tenerife, pero sí estoy aquí por motivos laborales aunque, es verdad, no en nada que tenga que ver con hoteles o parecido.

—¿Y dónde entonces?

—Estoy cuidando la casa que hay en el islote del Este.

—Trabajas de guardés, pues eso debe ser muy aburrido —comentó y bebió un gran trago de su bebida.

—¿Y tú? —pregunté algo envalentonado, probablemente, por los efectos del ron—. ¿Qué haces en la isla? Porque haciendo algo de deducción al estilo de las novelas policíacas, como tú has hecho antes, no eres de aquí. Y por lo que he visto no estás trabajando, ¿Tal vez de vacaciones?

Ella sonrió e hizo gesto a la mujer para que trajera otros dos mojitos. Yo no protesté, la bebida era buena y la compañía también.

—Muy bien mi querido Holmes —afirmó y terminó lo poco que quedaba en el vaso—. No soy de aquí, soy canariona, y no estoy trabajando. Soy una hippie a mi estilo. Me dedico a vivir la vida.

Miguelito puso sobre la mesa dos nuevas bebidas, mientras yo miraba a la muchacha e intentaba dilucidar si me había dicho toda la verdad. Decía que era canariona, o lo que es lo mismo que era de Las Palmas, pero su acento aunque tenía deje canario también dejaba entrever algo peninsular, como me pasaba a mí. Por otro lado decía ser hippie, a su estilo, pero eso tampoco cuadraba sus manos estaban muy bien cuidadas, sus uñas arregladas y, que yo supiera, las hippies no se afeitan el pubis, y menos como lo hacía ella, completamente. Hicimos otro brindis.

—No sé, pero creo que o me estás engañando o no me estás diciendo toda la verdad —solté de repente sin darme casi cuenta, al final iba a ser verdad que el alcohol acababa con las inhibiciones.

Levantó las cejas a modo de sorpresa, luego volvieron a su posición habitual y su rostro se volvió completamente inexpresivo. Sólo sus ojos azules, que observaban cada milímetro de mi rostro, parecían tener un brillo extraño, tal vez valorando mis palabras y lo que mi rostro podría desvelarle sobre mis pensamientos y deducciones. Al cabo de unos segundos, bastante incómodos, dio un trago a su mojito y su rostro se relajó.

—Eres más listo de lo que pareces. Eres como suele decir la gente una mosquita muerta —bebió otro sorbo—. Me gustas, pareces un buen chico.

Volvió a callarse, no dije nada y esperé. Dudaba, lo que quería decirme debía de ser algo muy serio. No sabía el qué podría ser pero no debía de ser fácil de contar.

—Empezaré por el principio —sonrió y su rostro resplandeció. Y aunque sería casi diez años mayor que yo pues le calculaba unos treinta años más o menos, había que reconocer que era guapa, muy guapa, podría ser modelo perfectamente—. No soy canaria, aunque llevo aquí un par de años, nací en la provincia de Ávila, en un pueblecito llamado La Cañada a unos veinte kilómetros de la capital, de Ávila. Ahí se encuentra la academia del Cuerpo Nacional de Policía y, bueno, de verla y de conocer a alguno de los que ahí estudiaban y se formaban decidí formar parte del cuerpo. No fue fácil pero lo conseguí y actualmente formo parte del SCE, el servicio central de estupefacientes, perteneciente a la policía judicial y destinada en Las Palmas. Y, efectivamente, ahora estoy de vacaciones.

Se volvió a callar y dio otro sorbo a su bebida, ambos habíamos terminado nuestro segundo mojito, debería de beber más despacio pero daba seguidilla como las pipas o las cotufas. Pidió otra ronda. Fui a protestar pero levantó la mano para que me callara.

—¿Y? —inquirí entonces—. Me da que hay más todavía.

Lucía se movió en la silla a la vez que negaba con la cabeza, parecía encontrarse en una terrible disyuntiva. Ahora estaba seguro que de alguna manera el alcohol me había despertado, o mejorado, la capacidad de descifrar las expresiones y gestos de mi interlocutora.

—¡Joder, Óscar! —protestó aunque con poca, por no decir ninguna, autoridad.

Suspiró , se levantó y caminó hacia una pequeña puerta que había junto a la barra, encima había un cartelito con las letras: *WC*, escritas a mano. Cuando salió pude ver que tenía el pelo húmedo, echado hacia atrás, y unos diminutos brillos perlaban algunas partes de su cara. No había duda que había ido a refrescarse la cara tal vez para aliviar los efectos del alcohol, tal vez para pensar a solas o tal vez, lo más probable, para ambas cosas.

Se sentó y esbozó una sonrisa de complicidad.

—Espero no tener que arrepentirme pero dado tu actitud en la playa y lo que he visto aquí creo que eres una buena persona. ¿Puedo confiar en ti? ¿Puedo estar segura de que lo que te voy a decir no se lo contarás a nadie?

Asentí sin decir nada, era su momento.

—Es verdad que estoy de vacaciones pero a la vez estoy

investigando algo por mi cuenta. Como sabrás con el turismo se está disparando el consumo de drogas en las islas. Llevamos unas cuantas operaciones y en la Península ni te cuento. Seguro que habrás oído lo de la Operación Mago, o Nécora como la llaman ahora, que se llevó a cabo hace unos cuatro años. Pues desde entonces no hemos parado. De hecho, debido a esto y a otras cosas, el gobierno está preparando la creación de un nuevo cuerpo mejor preparado al que piensan llamar UDYCO, unidades de droga y crimen organizado —miró a su alrededor comprobando que nadie la estuviera escuchando—. Pues bien en una operación que llevamos a cabo aquí oí acerca de la desaparición de una turista británica, que nunca apareció. La verdad que no le di importancia hasta que el año pasado escuché que había desaparecido otra turista, esta vez alemana, y más adelante otra británica. Como no aparecieron sus cuerpos, ni nada que indicase algo violento, ya eran mayores de edad y la policía y la guardia civil estaban desbordadas con otras cosas, nadie les hizo caso.

—Excepto tú —interrumpí para que viera que a pesar de los efectos del alcohol la estaba escuchando—. Que has decidido usar tus vacaciones para investigar.

—Exacto, investigar y usarme como cebo —acompañó sus palabras con un gesto con ambas manos—. Tal vez suene una locura, pero al ser rubia, de ojos azules y de cierta altura… pensé que tal vez se acercarían a mí. Pero no ha sido así, las vacaciones se me acaban y no he conseguido nada de información.

—Y los únicos que han intentado algo contigo han sido esos tres gilipollas que no tienen nada que ver con esto.

Lucía me miró sorprendida y pidió otra ronda. Si seguíamos así iba a acabar con una buena cogorza.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó apoyando los codos en la mesa y su cara entre sus manos. A ella también le estaba empezando a afectar el alcohol.

—Fácil, fueron tres desapariciones en dos años. Esos tipos son turistas y primero dudo de que hayan repetido dos años seguidos, segundo dos de las desapariciones fueron el mismo año mucho tiempo para estar de vacaciones y tercero su coeficiente intelectual no creo que diera para cometer tres delitos y no dejar pistas. Para mí el o los que llevaron a cabo las desapariciones de esas tres mujeres fueron personas que residen aquí todo el año o gran parte del mismo.

Lucía asintió repetidas veces mientras hablaba, cuando terminé levantó su mojito a modo de brindis.

—Por el nuevo Hércules Poirot —dijo con picardía—. La verdad que valdrías como investigador. Todo lo que has dicho es lo mismo que pienso yo. Por eso vine y me hice pasar por turista, de hecho para algunos de los trabajadores de los hoteles soy prima de una de las desaparecidas. Así podía hacer preguntas sin levantar muchas sospechas, pero hasta ahora no he conseguido nada.

Miré a la policía y un pensamiento se me vino a la cabeza, bueno realmente fueron dos. El primero que ella se sentía como yo sola y que por eso se había sincerado conmigo, porque necesitaba hablar con alguien sobre sus ideas y para poder compartir su frustración y sentirse mejor. Estaba gastando sus vacaciones, su tiempo libre, intentando conseguir algo que parecía inalcanzable. El segundo que de alguna manera debía ayudarla. Y ya desinhibido por completo le conté mis pensamientos. Sus ojos parecieron humedecerse, parecía que fuera a llorar. Se mordió su labio inferior y puso su mano sobre la mía.

—Gracias, pero no sé cómo podrías ayudarme.

—Igual que tú, preguntando —dije de manera rotunda, a pesar de que la mente se me embotaba y sentía que la habitación empezaba a moverse como una barca en el mar.

Lucía sonrió de oreja a oreja.

—Lo pensaré —respondió—. Dame tu número de teléfono y cuando sepa que hacer te lo diré, ¿vale?

Asentí y le recité los números, se lo tuve que decir tres veces porque en las dos primeras siempre me faltaba algún número.

Seguimos una hora más hablando pero por suerte la mujer se negó a servirnos más mojitos, a cambio empezó a traernos algo de comida y una botella grande de Coca-Cola. La temática fue más variada y menos trascendente. Una vez que nuestros cuerpos habían eliminado gran parte del alcohol ingerido nos fuimos. Lucía me llevó hasta la entrada a Villa Juana.

—¿Me llamarás? —pregunté al bajar del coche.

—Te llamaré, pero eso sí no te olvides de cargar el teléfono.

Asentí y me di la vuelta para adentrarme en aquel pequeño

laberinto de casas. No había dado dos pasos cuando me llamó.

—Ven un momento.

Me acerqué al lado del conductor, ella tenía el cristal bajado por completo.

—¿Es esa forma de despedirse? —preguntó mientras fingía en su cara estar molesta.

—Tienes razón he sido un desconsiderado —respondí y me acerqué a ella. Nos dimos sendos besos en cada mejilla y antes que me diera cuenta me dio otro rápido en los labios, un pico como se suele decir.

—Soy medio rusa —dijo y se rió, a la vez que ponía la marcha atrás y empezaba la maniobra.

Sonreí y la despedí con la mano.

Pensativo caminé hacia *La taberna del Norte*. Había sido un día muy intenso, en todos los sentidos. Era todo tan surrealista, parecía como una de esas películas de Hollywood. No sé porqué se me vinieron a la cabeza algunos títulos: *Gotcha*, *Único testigo* o *El silencio de los corderos*, fueron algunas de ellas. De todas las que recordé tal vez la de *Gotcha* era la que más se asemejaba a mi situación.

Entré en el local, estaba bastante concurrido para ser lunes. Aunque tal vez el hecho de estar en agosto ayudaba, la mayoría de la gente ya estaba de vacaciones. Me senté en la barra, busqué con la mirada a Abel pero no le vi.

—No ha venido todavía —comentó Antonio, acercándose a mí—. ¿Tuviste un buen día?

—Según se mire, playa y poco más —respondí mientras seguía impresionado por la cantidad de gente que había—. Por cierto, ¿tú nunca cierras?

El posadero se encogió de hombros.

—Estoy divorciado y mi hija estudia en la Península. No me gusta la televisión y no he encontrado ningún hobby que me llame la atención. Algo tengo que hacer para no aburrirme. ¿Una cervecita?

Aunque ya había llegado a mi límite de alcohol diario asentí, para

no hacer un feo.

Mientras servía el botellín seguí observando al gentío y algo me llamó la atención, justo en la mesa más alejada de la entrada, junto a la puerta de los baños, había una pareja de turistas. Era un matrimonio de unos cincuenta años de edad, ambos rubios y de ojos claros. Reían abiertamente, a pesar de encontrarse en un ambiente totalmente ajenos a ellos, a la vez que bebían sangría y comían unos calamares a la romana. La jarra estaba por la mitad y junto a ésta había otra vacía.

—No sabía que vinieran turistas por aquí —comenté a Antonio que me acababa de poner un platito con un par de chicharrones.

—Sí, algunos vienen. De los hoteles que van caminando a Corralejo y les da por pasar por aquí. Gracias a ellos he aprendido algunas palabras de inglés, alemán, francés y hasta sueco.

—Quién te vería hablando con ellos —sonreí al imaginarme la escena.

—Pues no te creas al final no es tan diferente y son bastante generosos, suelen dejar buenas propinas.

Unos minutos más tarde apareció Abel, llevaba puesto un impermeable amarillo de los que suelen usar los pescadores como él. Nunca se lo había visto puesto y me sorprendió un poco.

—Disculpa el retraso, fui a mirar unas nasas y se me pasó el tiempo —Se disculpó más llegar hasta mí—. Cuando quieras nos vamos.

La brisa marina me ayudó a despejarme del todo, eso sí tras vaciar mi vejiga del resto de los mojitos antes de partir. El aire no era caluroso pero tampoco frío, agradable en definitiva.

Como siempre íbamos en silencio. Miraba el islote acercarse a nosotros, aunque realmente era al revés. Y decidí preguntar lo que ya llevaba tiempo con ganas de hacer.

—¿Por qué alguien querría vivir en este islote? ¿Tú lo sabes?

—Hay varias historias —respondió Abel sin perder de vista el destino—. La que yo conozco tiene que ver con la brujería y el vudú.

—¿Vudú? — pregunté con más curiosidad todavía.

—Sí, con el vudú. Parece ser que don Casimiro, la persona que mandó construir la casa, emigró de joven a buscar fortuna a América, para ser más exactos fue a la Hispaniola. Allí logró hacer fortuna y conocer a la que sería su futura esposa doña María del Carmen. Pero estando todavía allí los hoy dominicanos se independizaron de España. Don Casimiro decidió aguantar, motivado principalmente por sus negocios, pero al poco tiempo sus vecinos los haitianos conquistaron esa parte de la isla y por miedo regresó a Canarias, aquí a Fuerteventura. Compró una casa en Puerto Cabras, que es lo que hoy llamamos Puerto del Rosario, donde se asentó con su esposa y dos sirvientas venidas de las tierras caribeñas. Según se comenta al poco de llegar la mujer enfermó y, tras ser vista por el médico de la isla, nunca más se la vio. Algunas personas comentan que murió pues a los seis días de la visita del médico se le hizo llamar con urgencia en la noche. Sea como fuere, a los diez días de ser llamado el médico por primera vez compraron el islote y mandó construir la casa. Y a los dos meses se mudó con las sirvientas. Nunca más se vio a la mujer y desde entonces don Casimiro vivió allí hasta su muerte. Posteriormente la vivienda pasaría a manos de su sobrino el cual se casó y tuvo varios hijos. Y hasta la fecha su descendencia ha vivido en esa vieja casa.

—Interesante —comenté mientras hacíamos las maniobras de atraque—. Pero, ¿dónde entra el vudú en esta historia?

Abel me miró y en su rostro se dibujó una sonrisa maliciosa. Estaba esperando mi observación.

—Según dicen las dos mujeres que servían al matrimonio eran haitianas y una de ellas era una *bokor*, una sacerdotisa que hacía tanto magia blanca como negra —Al decir esto se persignó de manera automática—. Y al morir el ama hizo un ritual y la convirtió en zombi y por eso se mudaron al Este, para que nadie la viera ya que, según algunas historias más extremistas, la mujer parecía más una muñeca de cera que una persona viva y necesitaba alimentarse de sangre. Evitaban de esta manera que les pudieran acusar de brujería, pues aún estando ya en el siglo XIX aún había procesos de esa índole y si bien no los quemarían el acabaría en la cárcel y ella vaya Dios a saber dónde.

Di las gracias al pescador y tras verlo alejarse me retiré a casa. Mientras lo hacía vi pasar una estrella fugaz y deseé que Carmen volviese pronto. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar que la mujer de la historia y ella tenían el mismo nombre.

9

Al día siguiente, como ya iba siendo mi costumbre cuando no iba a Fuerteventura, me levanté tarde. No tenía nada que hacer y no esperaba llamadas importantes, salvo si acaso de Lucía. Antes de acostarme había puesto el teléfono a cargar. Lo miré detenidamente y me pregunté si algún día eso llegaría a ser útil de verdad. Y cuando me refería a útil era en el sentido popular. Sabía que a la gente de negocios le venía muy bien, no tenían que esperar a llegar a sus despachos para solucionar problemas o hablar con gente para cualquier asunto. Pero para las personas corrientes era otra cosa, primero porque esos aparatos eran muy caros y las tarifas de la compañía existente un robo. Además las ciudades estaban llenas de cabinas que en caso de no llevar monedas permitían hacer llamadas a cobro revertido.

Desayuné en el exterior usando, como ya era habitual, una de las sillas a modo de mesita. Aún no eran las doce pero ya hacía calor y vaticinaba que iba a ser un día caluroso a tope, tal vez por la tarde a eso de las seis me acercaría a darme un baño a la playita del roque, que había visto el otro día.

Una vez finalizado el desayuno, que ya por la hora casi podría llamarse almuerzo, pasé a la cocina y fregué la loza. Mientras lo hacía por mi mente fueron pasando uno a uno todos los incidentes del día anterior. Entonces recordé la llave que había visto y, aunque seguramente sería una casualidad, fui a ver la que había en la puerta del despacho y, efectivamente, era el mismo modelo, hasta con la misma marca. Una marca que no era de fábrica si no hecha por alguien y eso me extrañó pues de alguna manera esas llaves tenían relación entre sí.

¿Si esa llave fuese de la casona, por qué la tenía Antonio? Abel tal vez, pues había preparado la casa para mi llegada, pero ¿el tabernero?

Era muy raro, como el hecho de que las habitaciones estuvieran

cerradas. Cuando me lo dijeron no le di importancia, pero ahora no le veía sentido. Y si por algún motivo tuviera que entrar en alguno de estos cuartos, ¿cómo lo hacía? ¿Por la ventana? Por lógica debería haber algún juego de llaves, así que decidí buscarlo. Media hora después tras revisar todos los gaveteros y cajones posibles no encontré nada. Cogí las dos llaves que tenía, la del despacho y la de la entrada principal, y probé con todas las puertas cerradas que habían y no conseguí nada. La del despacho entraba en varias pero no giraba, la de la puerta de entrada en ninguna, ni siquiera en el acceso exterior a la vivienda del servicio.

Cuando ya había probado la última puerta, la que daba acceso de la casona a la casa de los empleados a través de la despensa, me di cuenta de un detalle que había pasado por alto las otras veces que había estado ahí. Tal vez porque solo lo hacía para buscar alguna lata o algún paquete de pasta. La habitación era más pequeña de lo que debería de ser. Salí y entré varias veces confirmando mis sospechas, el muro de la izquierda según se entraba, donde había apoyada una gran alacena de madera, era más grande de lo normal. Un pensamiento absurdo se me vino a la cabeza, ¿habría alguien emparedado allí? No pude evitar soltar una carcajada, la casa iba tomando encanto.

Zombis, vudú, puertas cerradas, paredes anormalmente gruesas, todo ideal para una película o una novela de terror.

Cansado de hacer de detective pasé el día viendo una de las películas de video que me habían traído y cuando la tarde empezó a hacerse menos calurosa salí a darme un baño.

El agua estaba caliente y disfruté como un enano. Me encantaba esa libertad. Me tumbé desnudo en la arena hasta casi el anochecer.

Cuando regresé vi que tenía dos llamadas perdidas ambas del mismo número. No lo reconocí, estuve tentado de devolver la llamada pero desistí. No sabía quien era, igual se habían equivocado de número, y ya don Luis había dejado claro que las llamadas irrelevantes me tocaría pagarlas a mí. Si era algo importante y yo el destinatario ya volverían a llamar. Pero el teléfono permaneció mudo el resto de la noche.

De un salto me senté en la cama. Asustado miré a mi alrededor, a pesar de que mis ojos aún no se habían hecho a la oscuridad. Poco a poco empecé a perfilar el mobiliario de mi alrededor, todo parecía en orden. ¿Qué había pasado? Me sentía algo atontado por el brusco

despertar pero creía haber escuchado un fuerte estruendo, como si algo pesado se hubiera caído, pero ¿el qué?

Despacio me levanté de la cama y cogí la linterna, por si acaso me puse los vaqueros no era cosa de encontrarme a nadie en pelotas. Abrí la puerta del despacho, me gustaba dormir con ella cerrada, y salí al comedor. Ahí me detuve, el ruido tendría que haber sido muy fuerte para haberlo escuchado con la puerta cerrada. Un ruido o mejor dicho un leve crujido me sacó de mis pensamientos. Había sido cerca pero en la habitación no había nadie. La puerta corredera estaba cerrada, eso sí me extrañó pues yo juraría que la había dejado abierta.

Me acerqué a ella, alumbrando el suelo para no tropezar. Entonces una sombra de mujer pasó por el cristal esmerilado como si fuera hacia la cocina. Ahogué un grito a duras penas y apagué la luz. Esperé unos segundos por si venía hacia mí, tenía que haber visto la luz. Luz que me había puesto sobre aviso de su presencia. ¿Quién podría ser? ¿Ladrones, tal vez? ¿ Debería volver y llamar a la policía? Tal vez podría ser Carmen que quisiera darme una sorpresa, aunque no lo veía muy claro. Su padre, aunque de apariencia simpática, era de la vieja escuela y si se enterase de que había venido de noche no le iba a hacer ninguna gracia. Y a saber como sería ese hombre cabreado.

Al ver que no venía, abrí con cautela la puerta corredera. Con cuidado me asomé mirando primero hacia donde había ido y luego, al no verla, al otro lado. En el pasillo no estaba, entonces imaginé que estaría en la cocina así que caminé despacio, procurando hacer el menor ruido posible a la vez que ponía todos mis sentidos al máximo para ver si oía o veía cualquier cosa. Llegué a la puerta y todo permanecía en silencio, un silencio tan absoluto que podía oír los latidos de mi corazón como si fueran bombazos y mi respiración como ráfagas de viento que se colasen por las rendijas de las ventanas. Tenía que reconocerlo estaba muerto de miedo, lo único que quería era volver a la cama y taparme bajo las mantas. Pero por otro lado tenía que saber si de verdad había alguien en la casa o era sólo mi imaginación.

Inspiré con fuerza y entré lo más decidido posible. No había nadie, estaba vacía. Miré hacia la despensa y avancé, en el camino cogí un cuchillo por si acaso tuviera que defenderme.

Al entrar en aquel cuarto lo que vi me hizo poner los pelos de punta, la alacena estaba caída y en la pared donde se apoyaba había un hueco bastante grande, ese debía ser el ruido que había escuchado.

A su vez un hedor a podredumbre me inundó las fosas nasales, pero ese olor no venía de aquel agujero si no detrás mío. Un escalofrío recorrió mi espalda al imaginarme qué es lo que había detrás de mí, de alguna manera incomprensible lo sabía.

Me giré lentamente y la vi. Estaba sentada en una de las mesas de la cocina. Era Carmen, la reconocí al instante. Me miraba, me miraba pero sin ver pues las cuencas de sus ojos estaban vacías. Sonreía, pero era una sonrisa sin sentimiento pues estaba muerta. Su hermosa piel se descomponía ante mis ojos y su olor dulce y sensual se había convertido en algo pútrido y nauseabundo. Se levantó de la silla y levantó sus brazos como llamándome, pidiéndome que me acercara para abrazarme. Mis pies no se movieron, y no era que yo quisiera hacer lo que me pedía sino todo lo contrario, sólo quería correr, huir de esa abominación. Al ver que no me movía ella empezó a acercarse a mí lenta pero decidida. Intenté gritar pero no pude siquiera abrir la boca, intenté correr pero mis piernas seguían negándose a obedecer, intenté usar mis brazos para defenderme pero parecían pegados a mi cuerpo. Ella fue acortando el camino pasito a pasito hasta que al final llegó a mi lado y me abrazó. Volví a intentar gritar y esta vez mi boca se abrió pero no salió sonido alguno, y comprendí que no debí haberlo hecho. Ella abrió su boca, casi desencajando su mandíbula, dejando ver su lengua hinchada y amoratada. Pero eso no fue lo peor, lo peor fue ver en ese músculo pequeños gusanos blancos entrando y saliendo por diminutos agujeros de ésta, tan blancos que parecían salidos de algún anuncio de detergentes del infierno. Juntó su pegajosa y pastosa boca a la mía y su lengua se deslizó por mi garganta. Una sensación de ahogo y náuseas me inundó por completo mientras su lengua y aquellos gusanos recorrían mi garganta y empezaban a deslizarse por mi interior. Los músculos de mi vientre empezaron a contraerse y a expandirse de forma convulsiva y la bilis comenzó a salir en pequeños hilos que lograban traspasar la unión de nuestros labios.

Entonces de un salto me levanté de la cama sacudiendo los brazos como un loco, como si miles de mosquitos quisieran picarme y yo intentase apartarlos a manotazos. El corazón parecía querer salirse por la boca y respiraba, o más bien habría que decir que jadeaba, como si fuese un pez fuera del agua. Miré hacia todos los lados enloquecido y con tal violencia en los giros que en un par de ellos pude notar como los músculos se resentían y me daban sendos latigazos. Tardé varios segundos en tranquilizarme, en darme cuenta de que todo había sido un sueño. A pesar de que dormía desnudo y solo me tapaba con una fina sábana tanto yo como la ropa de cama estábamos empapados de sudor. Respiré hondo varias veces. Pensé en ir a la cocina a tomar algo

para tranquilizarme pero al final no lo hice, tenía miedo de ver algo, de ver el cadáver de Carmen. Así que a pesar del sudor me volví a tumbar y me cubrí por completo con la sábana, esperando que llegase la luz del nuevo día.

10

La rutina es algo que la gente odia, están siempre buscando variar y descubrir emociones nuevas como si el hecho de vivir no fuera ya suficientemente emocionante, pero a mi me gusta porque me da seguridad. Pero estando en el Este descubrí que me gustaba la rutina pero una rutina divertida y con alicientes, no la que estaba viviendo en aquel perdido islote canario.

Me levanté con desgana, en breve vendría Abel en su rutinaria visita que habíamos concertado, de una vez cada dos días. Tal vez me traería algo que él creyese que me hiciera falta, ya que yo no había pedido nada, y yo me subiría a su barca para desembarcar en aquella isla mayor que tampoco me atraía mucho. Echaba de menos mi casa y mi rutina con la consola de juegos, dar vueltas por las papelerías mirando revistas e ir a casa de mi amigo a hacer algo de animación por ordenador con su copia pirata del *3D Studio Max* que tenía y que era capaz de hacer diseños impresionantes, aunque eso sí le llevase a veces horas de renderizar. Por un momento decidí que cuando llegase el pescador le diría que volviese solo, pero al final desistí de esa idea. Sería mejor que saliera de ese caserón, aún tenía escalofríos de la pesadilla y tal vez saliendo un rato mi mente se despejaría. Preparé la mochila y decidí llevarme alguna revista por si acaso. Metí la *Muy Interesante* y la *Private*, ésta no era una revista para mirarla en público pero si estaba solo en la playa en una de esas dunas nadie me vería.

Como la vez anterior hice una pequeña pausa en *La taberna del Norte* y me tomé un cortado y un donuts. Antonio parecía preocupado, apenas habló conmigo y pareció discutir con uno de los repartidores, cosa que me llamó la atención. Estaba degustando el dulce y echando un vistazo a un artículo de la revista científica sobre la Luna y cómo se formó cuando apareció el trabajador. Era un hombre bajito con camiseta blanca ya sudada, a pesar de la hora, y barba de varios días. Llevaba unas cajas de leche Millac en una carretilla y un papel en la mano. Antonio le entregó una llave del almacén y éste salió volviendo

en un par de minutos tendiéndole la factura. El tabernero hizo un gesto como que le pagaría más adelante y el repartidor negó con la cabeza, empezaron a hablar y poco a poco subieron de tono. En ese proceso pude entender que debía ya otras dos y que el dueño de la empresa quería que pagase ya por lo menos una y que si no pagaba la próxima vez no le serviría. Noté como me miraba de reojo y salió con el otro a la calle. La conversación duró todavía más tiempo, de hecho yo terminé el desayuno pero decidí esperar un poco más, hasta que volviera, para no interrumpir nada y que él no se sintiera incómodo conmigo. Por fin, regresó solo y aproveché para levantarme. Me despedí y cuando iba a salir él me detuvo.

—Son unos pesados, con el rollo de la crisis sólo quieren que les pague. Antes abonaba a mes vencido pero ahora quieren que se lo pague por entrega y yo no siempre tengo dinero en la caja o no me atrevo a dar nada, si es como ahora a primera hora del día que no sé cómo me irá —se disculpó.

—No se preocupe, eso son cosas de negocios —comenté sin más para intentar quitar hierro al asunto.

En ese momento sonó mi teléfono, los dos dimos un pequeño respingo pues ninguno esperábamos escuchar aquel sonido tan poco armónico.

Miré la pequeña pantalla, no era ningún número que conociese.

—¿Sí? —pregunté dubitativo, mientras Antonio me miraba con curiosidad.

—Hola, Óscar —contestó la voz de la mujer policía—. Soy Lucía, ¿Estás por la isla?

—Sí —afirmé escuetamente mientras miraba de reojo al tabernero como si tuviese algo que esconder, cosa que no era así—. En Villa Juana, iba a dar una vuelta.

—¡Perfecto! ¿Podemos vernos donde el otro día? —Su voz sonaba alegre pero a la vez algo misteriosa—. Tengo algo que contarte, una noticia de última hora. Parece que me traes suerte.

Tras colgar me despedí de Antonio, el cual antes de irme me preguntó si todo estaba bien. Asentí y le comenté que me había llamado mi prima para saber cómo estaba. Él asintió y pareció relajarse. Mientras caminaba para salir del asentamiento un pensamiento se me vino a la mente: ¿Por qué había mentido a ese

hombre? Entre Lucía y yo no había nada.

Se veía que ya había llegado agosto, el mes de las vacaciones, porque el número de personas por las dunas y zonas hoteleras había aumentado de manera, más o menos, considerable. Por suerte a medida que me acercaba a donde estaba ella el número de personas disminuía de manera gradual.

Por fin llegué al punto de encuentro, para mi sorpresa llevaba puesto un bikini de color azul claro con pequeñas líneas blancas.

—Buenos días —dijo al verme, con una amplia sonrisa y me dio un par de besos.

—Buenos días, ¿ya no eres medio rusa? —respondí con picardía.

Ella dio una sonora carcajada.

—Ni medio rusa y sin alcohol. No deberías haberme dejado beber tanto.

—¿Yo? Te recuerdo que eres una persona inteligente, algunos años mayor que yo y encima policía. Creo que con todo eso estás más que capacitada para saber cuándo parar —respondí medio en broma medio en serio.

—Tienes razón, me alegro que no te consideres un caballero andante y a mí tu damisela. Tal vez el mundo tenga futuro y los machistas retrógrados vayan desapareciendo.

—Eso estaría bien sin machista, pero sin feministas tampoco. A fin de cuentas hombres y mujeres somos lo mismo, por lo que ambas cosas sobran. ¿No te parece?

Asintió con la cabeza.

—De verdad que eres un buen pibe, Óscar. Me encanta haberte conocido.

Dejé la mochila y empecé a quitarme la ropa. Cuando iba a bajarme el bañador ella me miró sorprendida.

—¿Qué vas a hacer?

—Ponerme cómodo —contesté sin más con las manos agarradas a la prenda.

—¿Estás seguro? —comentó ella con una pequeña sonrisa—. No vaya a ser que se te levante y tengamos un problema. Yo lo solucionaría con una buena patada.

Ahora fui yo el que se rió.

—Tranquila, yo en Tenerife voy a playas nudistas. No todo lo que quisiera pero voy.

Sin más me quité el bañador, ella se quedó mirando fijamente mi entrepierna.

—¿Qué haces? —pregunté algo nervioso.

—Nada, sólo querías que vieras cómo me sentí el otro días cuando te quedaste mirando mis pechos.

Tras decir esto ella procedió a quitarse el bikini. Abrí la mochila y al ir a sacar la toalla se cayeron en la arena las dos revistas que llevaba, antes de que me diera cuenta Lucía cogió ambas y las miró. Me entregó la *Muy Interesante* y se quedó ojeando la *Private*.

—Vaya, vaya. Interesantes gustos —comentó con algo de sorna y luego señaló la revista—. Espero que no te creas que el sexo es así, todo esto es muy erótico pero la realidad es muy diferente.

Pasó varias hojas más y se paró. Miró una foto detenidamente y luego levantó la vista hacia mí. Giró la revista para que viera la imagen y se acercó a mí.

—Aunque si te parece, esto podríamos hacerlo tú y yo… ¿Te atreves? —dijo junto a mi oído con una voz terriblemente sensual, mientras el aliento cálido de su boca rozaba la piel de mi cara. En ese momento sentí que mi pene empezaba a despertar, despacio pero empezaba a levantarse.

Soltó otra fuerte carcajada y me dio un puñetazo cariñoso en el brazo.

—Échate un poquito de agua fría ahí abajo, no se te vaya a quemar —logró decir a duras penas entre risas, la verdad que era una mujer única.

Como si el de abajo entendiera se relajó y volvió a su posición de descanso. Guardé las revistas en la mochila y tras tender la toalla me senté.

—Tienes mala cara, unas ojeras enormes, parece cómo si no hubieras dormido —comentó Lucía con un tono preocupado—. ¿Estás bien?

—Sí, lo que pasa es que anoche tuve una pesadilla de esas de película. Sólo faltó que saliera Freddy Krueger en ella —respondí mirando al mar.

—Mira, yo no soy psicóloga ni psiquiatra, pero sé escuchar y, como soy poli, a veces hago buenas deducciones y suposiciones. Fíjate que hasta a veces resuelvo algún caso —comentó esto último en un tono cómico, para quitar algo de hierro al asunto, luego volvió a recuperar un tono más serio—. Así que si quieres puedes contarme esa pesadilla, igual te puedo ayudar. No sé.

Dudé un segundo pero luego al mirarla y ver su rostro grave pero con una pequeña sonrisa que quería decir algo así como: *confía en mí*, se lo conté. Ella escuchó con atención sin decir nada hasta que hube terminado.

—Bueno, tampoco es para tanto. Me imagino que la mayor parte del sueño lo habrás sabido interpretar —comentó acariciándose la barbilla—. Pero hay algo que no logró entender, aunque a veces en los sueños hay cosas sin sentido, y es el agujero en la pared de la despensa y que ella apareciera como un zombi. Por lo que cuentas da la impresión que ella estaba detrás de esa pared y salió por ahí.

—Eso creo que tiene que ver con lo que me contaron ayer acerca de la historia de la familia que se asentó allí, por primera vez.

Lucía levantó las cejas y con gestos exagerados de sus manos dijo:

—¡Y qué esperas para contármelo!

Sonreí ante su desmesurado gesto de interés y se lo relaté tal como Abel lo había hecho conmigo. Al terminar ella se rió y me dio otro puñetazo en el brazo, al final me iba a hacer un cardenal.

—¡Joder, Óscar! No me digas que te dan miedo los cuentos de viejas. Pensé que ya eras adulto. Esos son historias de gente chismosa que les comía la curiosidad y la envidia. Ahora si quieres historias que te pongan los pelos de punta pregúntale a la doñita del bar donde fuimos. Su hermana practica la santería, son cubanos, y ha vivido, o eso dice ella, cosas increíbles.

—Pues, si te apetece podemos ir luego a tomar algo. Pero dime,

¿qué querías contarme?

—Una noticia de última hora —dijo bajando la voz, como si temiera que alguien la oyese, a pesar de estar solos—. Me llamó ayer por la tarde un conocido que trabaja en el CESID. ¿Sabes lo que es, verdad?

—Sí, el servicio de espionaje de aquí. Algo parecido a la CIA.

—Exacto, pues como te digo me llamó para informarme que una de las mujeres desaparecidas había aparecido —hizo una pausa para dar más dramatismo al asunto—. Ni más ni menos que en los Emiratos Árabes Unidos.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

—Lo sería si hubiera aparecido viva pero por desgracia no fue así. La encontraron muerta, con la cara destrozada y parte del cuerpo lleno de moratones. Parece que fue apedreada hasta morir, lapidada, muy típico en esa zona. Se la pudo reconocer gracias a una marca de nacimiento y una cicatriz de una operación. De lo contrario hubiera sido muy difícil o por lo menos no habría sido posible hasta ser extraditada a algún país donde pudieran hacer pruebas de ADN, pero sin saber la nacionalidad… podría haber sido bastante complicado, laborioso y largo en el tiempo.

—¿Y qué hacía allí? ¿Cómo llegó?

—Trata de blancas —respondió como si fuera los más lógico y normal—. En ese país hay muchos príncipes y gente con dinero, y a ellos les pone las europeas de países nórdicos o similares. Es algo psicológico, el hecho de poseer de hacer lo que quieran con una mujer de las del primer mundo, de las otras tienen todas las que quieren. Y pagan bien a los que se dedican a eso.

—Ya, pero sacarla de aquí y llevarla hasta el otro lado de África, casi en la misma Asia, no pudieron hacerlo por avión.

—Para ellos no hay nada imposible. Lo más probable es que pagasen a alguien que tuviera un barco que pudiera llevarla hasta Marruecos u otro país de la zona. El Hasán II no pondría pegas y de hacerlo sobornarían a los gendarmes de la zona. El dinero lo puede todo y más en esas regiones del mundo.

Asentí y durante unos segundos me quedé pensativo. ¿Cómo era posible que hubiera gente así? Sin escrúpulos para secuestrar,

maltratar y aterrorizar a mujeres inocentes. Solo por el hecho de ser hombres poderosos creían que tenían derecho a todo. Eran asquerosos, despreciables y no merecían estar entre nosotros. No era partidario de la pena de muerte pero a veces, en determinadas situaciones, no se me antojaba una mala solución.

—¿Pero quién podría colaborar para eso? —pregunté aún metido en mis cábalas.

—Alguien necesitado de dinero y con pocos escrúpulos.

—Pues gente que necesite dinero, que le haga falta, en esta isla no son pocos.

—Cierto, además aquí muchos también tienen algún tipo de embarcación —confirmó ella—. Pero por suerte podemos descartar a gran parte de los habitantes de la isla, ya que las desapariciones se dieron todas en la zona de la Oliva es decir en la punta norte de la isla. Mucha casualidad, ¿verdad? La pena que no estaban alojadas en el mismo hotel, eso hubiera sido tener demasiada suerte, como tocarnos la lotería. Pero sí estaban en hoteles cercanos, al este de la Oliva, ¿a que no sabes por dónde?

—¿Por aquí? —respondí mirando a mi alrededor.

—Exacto, así que la búsqueda ha quedado bastante limitada.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

Lucía me miró sorprendida.

—¿Vamos?

—Sí, vamos. Después de contarme todo esto no pensarás dejarme al margen.

—Pero, Óscar, tú no eres policía.

—Y Batman tampoco —respondí sin pensarlo dos veces.

Ella empezó a reírse como una loca, por un momento pensé que le iba a dar algo pero al final logró calmarse. Tras coger aire un par de veces me rodeó con su brazo y me atrajo hacia ella.

—¡Ay, Óscar, eres increíble! —me apretó contra su cuerpo y luego me soltó—. Ya pensaré, más tarde, en qué puedo encargarte para que me ayudes. Aunque ya tengo una idea. Pero ahora vamos a darnos un

baño o nos vamos a achicharrar y entonces ya sí pareceremos guiris de verdad.

La idea del baño fue todo un acierto, durante más de media hora nadamos y jugamos como niños chicos olvidándonos de todo. Es verdad que me bebí como un litro de agua de mar, por lo menos, por las ahogadillas de Lucía pero no me importó. Al final, acabamos exhaustos tendidos en la arena. Una vez recuperamos el aliento nos secamos y tras vestirnos nos fuimos a comer algo.

Mientras íbamos de camino mi teléfono empezó a sonar. Lucía, sin que yo le dijera nada, bajó el sonido de la radio y arrimó el coche a un lado de la carretera, intentando molestar lo menos posible. Miré el teléfono, no conocía el número que me llamaba.

—Es de esta provincia, empieza por nueve dos ocho —me aclaró Lucía, mirando de soslayo—. Y por los dos siguientes te diría que de Las Palmas. Contesta.

Pulsé el botón de aceptar.

—¿Sí?

—¿Óscar, eres tú? Soy Carmen. ¿Cómo estás? —La voz se oía con interferencias pero no había dudas de que era ella.

—Hola, yo bien. ¿Y tú? ¿Todo bien por ahí?

—Sí, bien… pero te echo de menos.

—Yo también te echo de menos —comenté, y al momento me puse colorado al ver la cara de Lucía y su sonrisa—. Por suerte vendrás en esta semana, ¿No?

—Por eso te llamaba —Su voz cambió y de la alegría pasó a un tono serio que no me gustó nada—. Lo más probable es que me quede hasta final de mes.

—¿Hasta fin de mes? —pregunté horrorizado ante lo que eso significaba—. Pero si tú me dijiste que no te llevabas con tu madre, que era una visita de… de cortesía.

—Ya, pero… ya te lo explicaré en otro momento. Mi madre dice que cuelgue que las llamadas son muy caras. Cuídate, nos vemos. Besitos.

Y sin tiempo a que pudiera decir nada más colgó. Miré el teléfono, atónito, y por un momento tuve la intención de lanzarlo por la ventanilla del coche pero me contuve y lo guardé, de nuevo, en la mochila.

Lucía me miraba seria, su rostro había cambiado de la risa burlona a la de la curiosidad respetuosa.

—No te cabrees —comentó en un tono serio pero, curiosamente, a la vez dulce y cariñoso—. Ya verás cómo se te pasa el tiempo volando y cuando quieras darte cuenta estaremos en septiembre.

La miré y ella asintió con la cabeza. Era un encanto de persona, un poco bruta a veces pero con un gran corazón.

—Lo sé —dije, aún rabioso—. Pero el problema es que lo más probable es que se vaya para Madrid, al poco de volver. Ella estudia en la Complutense y tendrá que arreglar la matrícula y buscar los libros. Y todas esas cosas.

—Es lo malo que tienen los amores de verano, de todas maneras no te preocupes si tiene que haber algo entre vosotros lo habrá —esbozó una sonrisa y puso el coche en marcha—. Y ahora vamos a comer, que con el estómago lleno los problemas y la vida se ven de otra manera.

La comida consistió en pescado, un pescado fresco recién pescado. Lucía me sugirió que no pidiese papas, ni arrugadas ni fritas, que en su lugar pidiese tostones.

—¿Tostones? —pregunté extrañado, era la primera vez que oía esa palabra.

—Sí, es plátano frito. Parecen a las papas de bolsa, de esas a la inglesa. Pero no se usa el plátano de aquí, si no lo que en España llamamos banana o, como dicen ellos, plátano macho o verde.

Sonaba bien así que cuando la doñita vino pedí el pescado con los tostones. Para beber optamos por vino blanco y agua, para intentar no repetir lo de la otra vez.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquirí mientras esperábamos la comida.

—¿Y ahora me lo preguntas? —respondió con ironía—. Pues claro

—¿Cómo es que tienes conocidos en el CESID?

—Porque he colaborado con ellos alguna vez, como agente de campo —contestó con total naturalidad, aunque con un tono un poco más bajo de los normal—. Pero no estoy en plantilla. Son trabajos esporádicos, a veces por mi condición de mujer y otras por ser policía.

—¿Y no podrías pedirles ayuda?

—No, no trabajo con ellos y además con el follón que tienen ahora… no sería buena idea. Van a rodar cabezas por lo de las escuchas y ya hablan de modificarlo y crear un nuevo centro de inteligencia. Si este chico me llamó fue porque me debía una y ya, con esto, queda pagada.

Trajeron el vino, el pan y los cubiertos. La conversación quedó interrumpida y en parte ambos lo agradecimos. En ese momento me fijé en un cuadro que había colgado en una pared, en él se veía a tres mujeres o mejor dicho los rostros de éstas. Eran hermosas y cada una vestía con un color diferente: amarillo, azul y rojo.

Lucía se percató de adonde miraba y tras dar un sorbo al vino que se había servido dijo:

—Son las tres hermanas —giró su cuerpo para mirar el cuadro— Yemayá, Oshún y Oyá. Para la santería son como diosas, orishas los llaman ellos. Ya te comenté que la hermana de la dueña del local es santera.

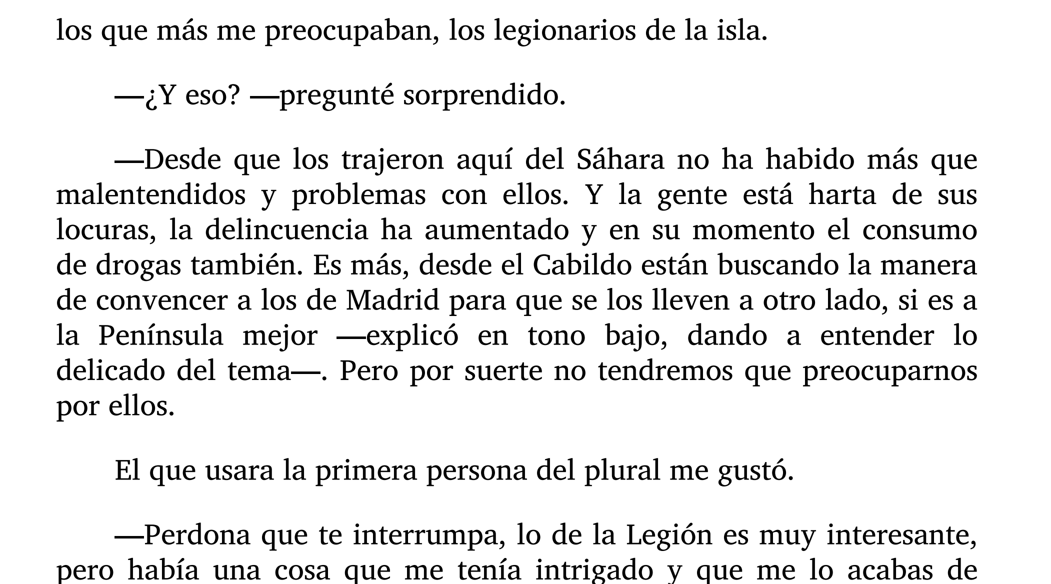
Asentí con la cabeza y me serví un poco de vino. Di un sorbo. Estaba bueno, frío y ligeramente dulce.

Llegó la comida y no pude evitar soltar una exclamación de sorpresa y aprobación. El pescado era grande y lo habían frito lo justo y el acompañamiento, los tostones y un poco de ensalada, tenía una presencia espectacular. Todo parecía delicioso y lamenté no tener mi cámara para sacar una foto, merecía la pena.

Comimos hablando un poco de todo y una vez que terminamos pedimos sendos quesillos con nata montada.

—¿Y por dónde tienes pensado empezar? —pregunté una vez nos sirvieron los postres—. No parece que tengas mucho.

—No, no lo tengo —dijo confirmando mis sospechas—. Pero ya puedo descartar a un montón de posibles sospechosos y en especial a



los que más me preocupaban, los legionarios de la isla.

—¿Y eso? —pregunté sorprendido.

—Desde que los trajeron aquí del Sáhara no ha habido más que malentendidos y problemas con ellos. Y la gente está harta de sus locuras, la delincuencia ha aumentado y en su momento el consumo de drogas también. Es más, desde el Cabildo están buscando la manera de convencer a los de Madrid para que se los lleven a otro lado, si es a la Península mejor —explicó en tono bajo, dando a entender lo delicado del tema—. Pero por suerte no tendremos que preocuparnos por ellos.

El que usara la primera persona del plural me gustó.

—Perdona que te interrumpa, lo de la Legión es muy interesante, pero había una cosa que me tenía intrigado y que me lo acabas de recordar ahora —comenté antes de que se me olvidara y aprovechando que ella se había llevado un trozo de quesillo a la boca.

Ella me miró con curiosidad y una ligera sonrisa de satisfacción por mis interés con el caso.

—¿Cómo unos príncipes árabes o millonarios de esos de allá entran en contacto con gente tan humilde como la que vive en estas islas? —pregunté algo ingenuamente—. Porque me da que ningún director de hotel se metería en un asunto de ese tipo, ¿o me equivoco?

—Desde luego vía telefónica seguro que no —respondió con ligero sarcasmo—. A través de intermediarios.

Hizo una pausa buscando cómo explicarse y tras dar un sorbo prosiguió.

—¿Te han gustado los tostones? —preguntó.

—Sí, estaban muy buenos —respondí confundido.

—¿Y de dónde crees que vinieron estos plátanos?

Me encogí de hombros.

—¿Del mercado?

—No, del mercado no. Entraron por manos de un pescador que se los compró a un barco que venía de paso. Todo esto sin pasar por la aduana o que se enterase Hacienda. Vamos, estraperlo puro y duro —

explicó de manera sencilla y directa—. Por la crisis y por herencia, que de todo hay, algunas personas siguen dedicándose al estraperlo y al contrabando. Por suerte no han llegado a lo de Galicia con el Laureano Oubiña, y los clanes de los Charlines, el de Oubiña y los otros, metiendo toda esa droga venida de Colombia. Se dedican a cosas menores aunque alguno de vez en cuando prueba con el hachís y cosas similares. Y más ahora que los españoles queremos libertad y ser los más modernos del mundo.

»Pero volviendo a lo nuestro, seguramente un intermediario, de un intermediario, de la gente de los árabes contactaría con estas personas. Unos contrabandistas o traficantes de poca monta y les propondrían el negocio. Eso sí, antes los habrían investigado para estar más o menos seguros de que pudiera interesarles ese tipo de trabajos. Cada envío se paga de manera muy generosa y por eso todavía se sigue realizando, a pesar de que cada vez hay más gente que entiende lo repulsivo y denigrante que es. En definitiva la gente de aquí no ha visto ni sabe quién quiere la mercancía y perdona que hable así de esas mujeres pero es como esta gente las considera. Sólo conocen a otros peones de ésta extraña partida de ajedrez.

Asentí ligeramente con la cabeza, un par de veces, para dar a entender que había respondido a mi pregunta de manera satisfactoria.

—Y con respecto a la pregunta anterior te diré que buscando el dinero —comentó ella mientras finalizaba su postre.

—¿Buscando el dinero?

—Exacto —afirmó ella, mientras con un estilo digno de la realeza se limpiaba la boca con la servilleta—. Como te dije es un trabajo muy bien pagado y suele hacerse en dólares. ¿Por qué en dólares y no en pesetas? Fácil, los dólares son la moneda internacional de los negocios y las pesetas… no las quieren en ningún lado. Si vas a viajar al extranjero tienes que cambiar primero a dólares, o a libras o marcos, porque al lugar donde vayas no las van a querer y da igual que sea Estados Unidos que Perú. Así que habrán cobrado en dólares y tendrán que cambiarlos a pesetas.

—Lo que quieres decir es que vayamos preguntando por las agencias de cambio, bancos y recepciones de hoteles por si alguien de la isla ha cambiado gran cantidad de dinero en estos últimos meses, ¿No?

—Sí, más o menos —respondió ella con una gran sonrisa—. Veo

que te va esto. Pero seré yo la que pregunte en todos esos sitios. Como has dicho esa o esas personas habrán movido más dinero de lo habitual y si tenemos suerte igual habrán usado los mismos sitios para el cambio, por comodidad principalmente.

—¿Por qué tú sola? —pregunté algo molesto.

—Porque tengo más experiencia en ese tipo de cosas y porque tengo mi placa de policía —dijo y señaló con la barbilla su mochila—. Como te imaginarás una placa ayuda mucho. En los bancos se te cerrarían en banda y en las tiendas de cambio… bueno con suerte en una de cinco te ayudarían.

—De acuerdo, y entonces en qué puedo ayudarte.

—Preguntando. Buscando información de alguna persona que en los últimos meses haya cambiado su forma de vida, se haya comprado un coche nuevo o una casa. Vamos que haya gastado más dinero de lo normal, más de lo que se pudiera permitir con sus ingresos. También si a alguien le ha tocado la lotería o alguna herencia.

—¿Y cómo lo hago? —pregunté mientras nos retiraban los platos.

Lucía esperó y tras pedir los cafés continuó.

—Hablando con la gente, en los bares, los supermercados, en las tienditas… tú eres un chico guapo, intenta sonsacar a las mujeres. Sobre todo de mediana edad —me guiñó un ojo—. Seguro que algo te dirán, pero no te excedas preguntando.

Me quedé pensativo un momento, bajo la mirada de mi compañera que esperó pacientemente a que dijese algo.

—De acuerdo. ¿No tendrías fotos de las chicas? Tal vez podría preguntar por ellas. A lo mejor alguien las vio con otras personas, con alguno de esos tipos que estamos buscando.

—Tener las tengo —contestó a la vez que echaba una rápida mirada a su mochila—. Pero no creo que sea conveniente, tal vez sería malo para la investigación. Podrías ponerlos sobre aviso, una cosa es preguntar si por ahí ha habido algún afortunado que le haya tocado la ONCE, por ejemplo, a preguntar por unas mujeres desaparecidas en la isla.

Asentí, tenía razón. Yo no era un profesional y lo más seguro es que metería la pata hasta el fondo.

—De todos modos —continuó hablando ella, mientras miraba hacia la puerta de entrada—. Te dejaré una copia de las fotos, por si acaso y para que veas porque estoy tan segura de lo que digo.

Cogió su mochila y sacó una pequeña carpeta azul, de cartón, tamaño cuartilla. La abrió y sacó tres fotos que puso boca abajo, justo en el momento que nos traían los cafés.

Le eché azúcar a mi cortado, mientras añoraba mis barraquitos en el Imperial. No lo había pedido porque según me había contado mi padre, unos años atrás, en una visita a las Palmas pidió uno, y el camarero le dijo que no sabía lo que era eso. Mi padre le explicó como hacerlo y el hombre le dijo que no tenían leche condensada, cosa que era mentira pues mi padre vio el bote bajo la cafetera pero no dijo nada. Y todo debido a la enemistad entre las dos islas, y el echo de que mi padre aún conservaba, y conserva, parte de su acento *godo*.

Asentí con la cabeza.

—No debería de tomar café —aclaró mientras le servían la bebida —. Es por mi corazón y mi presión, pero después de tantos años tomando café se hace muy difícil. Siento mucho lo que le pasó a Carmen, era una buena niña. Estudiosa y buena hija, a pesar de todo.

Lucía giró ligeramente la cabeza y nuestro recién llegado entendió el mensaje no verbal y prosiguió.

—Es difícil vivir con unos padres divorciados. Antonio es un poco brusco algunas veces, pero no es malo, y, además, la mala suerte con sus negocios no acompañaba. Creo que se arruinaron dos veces, pero por suerte logró sobreponerse y ahora, según él, va tirando sin deudas ni acreedores acosándolo mañana y tarde.

Se hizo un breve silencio en el que volvimos a escuchar hablar del islote y de su maldición.

—¿De verdad no está maldito? —pregunté por hablar y no quedarme enfrascado en pensamientos negativos.

—Las maldiciones no existen, aunque a veces lo parezca —aseguró del Monte a la vez que esbozaba una sonrisa de superioridad —. Los que creen esas cosas suelen ser ignorantes, gente inculta que cree en todo tipo de superchería. Es verdad que el islote ha tenido una historia trágica pero si por eso fuera toda Canarias estaría maldita. Seguro que sabéis que durante mucho tiempo las islas fueron lugar de destierro. Aquí estuvieron Unamuno, Durruti y algunos miembros del, mal llamado, Contubernio de Múnich: Satrústegui, Álvarez de Miranda, Barros o Miralles, entre otros.

Hizo una pausa, bebió un sorbo de su café y sonrió.

—Disculpadme seguro que os estaré aburriendo —se disculpó—. Además, estaréis muy afectados por la pérdida de Carmen.

Dirigió su mirada hacia mí.

—Tú eres el chico que contrataron para cuidar la mansión del Este. Ya sabía yo que te había visto por la zona.

Asentí con la cabeza. Miró a Lucía.

—En cambio a ti… no creo haberte visto por aquí.

Ella sonrió y dejó su vaso en la mesa.

—No lo creo. Llegué ayer de Madrid, estudiábamos juntas en la universidad.

—¡Joder! Que mala suerte —exclamó y al momento se llevó la mano a la boca—. Disculpad, los viejos con el tiempo nos volvemos mal hablados.

—No se disculpe —dijo Lucía con una gran sonrisa—. Si estuviera conmigo un buen rato, vería que los jóvenes no nos quedamos atrás.

El hombre soltó una breve carcajada y se terminó su café.

—Sabe mucho de la isla —comenté, mientras se limpiaba la boca y bebía un poco del agua que le habían puesto junto con el cortado—. Carmen me habló de un don Antonio que iba al bar los viernes y sábados, una persona muy culta que sabía muchísimo de la isla y de su historia. ¿Es usted?

Asintió con la cabeza.

—Sí, soy yo —afirmó algo sonrojado—. Aunque tampoco soy tan erudito. Fui maestro durante varios años en la Oliva y luego me dediqué a mi gran afición: investigar y escribir. De hecho, el Cabildo de Fuerteventura y el de Gran Canaria han publicado varios libros míos. Pero sin duda hay gente, en la isla, más inteligente y sabia que yo.

—¿Y qué hay de verdad de las historias que he oído del islote?

José movió la cabeza asintiendo varias veces, luego miró su reloj.

—Disculpad pero tengo cita con el médico. El cuerpo es una máquina y, como tal, tiende a romperse —suspiró—. Pero te puedo decir que la mayoría son habladurías de viejas. Aunque sí es posible, aunque no esté demostrado, que se usase para el contrabando y el estraperlo. Don Casimiro, el primer dueño de la casa, no trabajaba y aunque trajo muchos bienes de la Hispaniola, donde habían vivido él y su padre muchos años sus gastos eran excesivos. Construyó la casa, traía cosas de la Península, pagaba bien a sus asistentes y solía hacer viajes con frecuencia a otras islas; además estaba el asunto de su misteriosa mujer. Si quieres otro día nos vemos en el bar, en Villa Juana, y te cuento un poco más sobre el Este. Incluida la leyenda de sus fuegos fatuos.

—¿Fuegos fatuos? —preguntó Lucía con auténtica curiosidad.

—Sí, fuegos fatuos —afirmó éste—. En el mar, cerca del norte del islote. Normalmente estos suelen verse en los cementerios pero aquí se daban en el mar cerca del peñón. Algunos marineros supersticiosos decían que eran monstruos marinos que con las luces llamaban a la gente para devorarlos.

—¿Y usted qué cree? —pregunté cada vez más embelesado en lo que contaba.

—Lo más probable es que fuera algún efecto natural, algo químico, que se produjo un par de veces y luego la gente de la zona fue exagerando con el tiempo —hizo una pequeña pausa y continuó—. También podría ser… ¿Habéis leído *La posada de Jamaica*, de Daphne du Maurier?

—No, pero he visto la película —respondió Lucía.

El hombre meneó de manera negativa la cabeza.

—Bueno, algo es algo —comentó como disculpando a mi amiga —. Entonces sabrán a qué se dedicaba aquella gente.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y usted cree que aquí pudo haber gente, como ésa, que se dedicaban a producir naufragios para robar?

—Lo dudo pero sería un buen sitio. Con la luna llena y la luna nueva las diferencias de mareas son bastante notables, dejando ver hasta varios roques que normalmente están bajo el agua. Sería fácil provocar que un barco chocase, encallase, y… bueno, todo lo demás.

—Todo eso suena increíble —comenté, mientras el hombre miraba de nuevo su reloj —. Pero mejor quedamos otro día para que nos cuente esa historia o más.

El hombre asintió y se levantó de la silla.

—Sabéis dónde encontrarme —dijo, volviendo a colocar la silla frente a la mesa—. Y si me acuerdo también os contaré la historia del Kraken que vive en una cueva submarina en ese islote. Ha sido un placer conoceros aunque haya sido en unas circunstancias como ésta. Un saludo.

Sin más, sin esperar a que le respondiéramos, se dio la vuelta y con paso corto salió del local.

Durante unos segundos guardamos silencio, luego Lucía se colocó bien en su silla y se incorporó, ligeramente, hacia delante.

—¿A qué hora es mañana el entierro? —preguntó en voz baja, casi como si fuera un secreto.

—A las diez en La Oliva, en la iglesia de la Candelaria. ¿Por qué?

Se encogió de hombros y continuó hablando en el mismo tono.

—Imaginaba que si era temprano tal vez sería mejor que te quedaras a dormir aquí en Fuerteventura y no allí. Así estarías más descansado. Y, además, me imagino que no tendrás ropa para el funeral. Cuando hiciste la maleta no debiste pensar en eso, yo tampoco que conste.

—No es mala idea, pero ¿dónde podría quedarme?

—Conmigo. En mi tienda podemos dormir los dos, luego podríamos ir a ducharnos al bar de la doñita. Siempre me deja, no me pide nada pero a veces le doy algunas *perras* por las molestias.

—No sé —comenté dudoso—. ¿Y qué van a pensar de mí si me quedo contigo y no voy a la casa?

Lucía me miró sorprendida.

—No tienen porqué pensar nada. A fin de cuentas erais amigos nada más. No erais novios ni nada por el estilo. Apenas hacía unas semanas que os conocíais —se mordió ligeramente el labio y dio un ligero suspiro—. Tú y yo sabemos lo que hubo y lo que sentíais el uno por el otro, pero ellos no. Además, nunca debes de preocuparte por lo que otros piensen o crean, debes preocuparte por lo que está bien o no y si tú quieres hacer algo o no. Es tu vida y no la de ellos.

Tenía razón en lo que decía, que pasara la noche con ella no implicaba nada. Yo no estaba limitado por nada ni por nadie. Así que salimos del bar y fuimos a buscar a Abel para decirle que no regresaría al Este.

Mientras hablaba con él pude apreciar como dos individuos, que me sonaban de haberlos visto antes, se acercaban a dar el pésame a Antonio. Éste al verlos pareció sorprendido pero después, tras la

reacción inicial, hablaron por un breve espacio de tiempo.

—¿Sabes quienes son? —pregunté a Abel.

—No, no lo sé. Parecen marroquíes o saharauis —respondió tras dudar unos segundos—. La verdad que no sé quienes son. ¿Por qué?

Sorprendido por su reacción, tan atípica en él, decidí dar una respuesta breve sin más.

—No, por nada.

El resto del día pasó bastante rápido. Tras irnos del velatorio fuimos a comer algo, después, y tras esperar a que abrieran las tiendas nos compramos nuestras respectivas ropas para el entierro. La vestimenta que llevábamos no era la más apropiada y, ahora que podíamos, queríamos despedirnos de ella, en el cementerio, de una manera más formal. Gracias a Lucía adquirí unas prendas que me valdrían en el futuro para salir a entrevistas de trabajo o para fiestas más o menos formales. Camisa gris oscura, de manga corta, pero bastante elegante, y un pantalón negro, de una tela no muy fina que podría usar en cualquier época del año; lo más complejo fue el calzado pero al final encontramos unos zapatos, sin cordones, bastante cómodos y a buen precio. Ella a su vez se compró una blusa negra con mangas que le llegaban hasta la mitad del antebrazo y unos pantalones, del mismo color, algo anchos de pierna que la hacían parecer aún más alta. También adquirió unos zapatos de color negro y gris oscuro que fueron lo más caro de todo lo que habíamos comprado, costando lo mismo que nuestros pantalones y camisas juntos.

—Un capricho es un capricho —comentó mientras salíamos de la zapatería.

De allí fuimos al bar donde la mujer, muy amable, nos permitió guardar las cosas y nos prometió que para mañana tendríamos la ropa planchada.

Aprovechamos para cenar en el mismo local y después Lucía me llevó a la zona turística a tomar algo.

—No sé si debería —dije mientras circulábamos por la estrecha y mal alumbrada carretera.

—Óscar, es lógico que te sientas triste pero no puedes convertirte en un monje de clausura —dijo sin apartar la vista de la carretera—.

Es más no te estoy pidiendo que te emborraches y te vayas con todas las mujeres que pilles para olvidarla. Va a ser un momento de relax y tranquilidad para tu mente. Te vendrá bien. Mañana será peor que hoy, te lo aseguro.

No dije nada. Bajé un poco más la ventanilla y dejé que el aire acariciase mi cara, con aquel leve matiz salado producido por su cercanía del mar.

Al final mi nueva amiga tuvo razón, el salir a tomar aquel par de cervezas me vino bien al cuerpo y al espíritu por mucho que pudiera molestar a muchos tradicionalistas y puristas del dolor y de la tradición. Como bien dijo ella no hicimos nada malo, simplemente nos sentamos en un chiringuito a dejar pasar las horas con música y risas por todas partes. Eso, por mucho que algunos pudieran pensar, no hizo que dejase de recordar a Carmen pero fue más llevadero y desde otro punto de vista, podríamos decir, más positivo.

Casi a medianoche llegamos a donde Lucía tenía dispuesta su tienda de campaña. Para mi sorpresa era de buen tamaño, por lo menos para ocho personas, casi se podría decir que era una casa de tela porque había visto viviendas más pequeñas que esa tienda. Hasta tenía un pequeño toldo para sentarse a cubierto sin estar dentro de ésta.

—¿Te gusta? —preguntó una vez que llegamos.

—Es genial, así da gusto salir de excursión.

Ella sonrió y me señaló una pequeña silla de playa.

—Siéntate, ahora vengo —dijo y entró de cabeza en la tienda.

Como me había mandado me senté y al momento de hacerlo no pude evitar lanzar una exclamación de asombro. El espectáculo que tenía frente a mí era espectacular, a pesar de lo que ya había visto en el Este. La penumbra, el mar, las estrellas, el ligero viento que acariciaba mi cara como si le diera vergüenza, todo se conjuntaba de tal manera que era como estar en el Paraíso.

—Maravilloso, ¿verdad? —preguntó Lucía a mi espalda—. Por eso planté aquí la tienda. Necesitaba algo que me hiciese olvidar y me relajase, porque pensar durante veinticuatro horas seguidas un mismo tema, sea el que sea, acaba llevando a la locura y más si lo que intentas es encontrar a un monstruo.

Colocó a mi derecha otra silla y se sentó, con su mano izquierda me tendió una lata de cerveza.

—No está fría, pero tampoco caliente. Es lo malo del Paraíso, no hay electricidad.

Pasaron un par de horas más junto con tres cervezas tibias hasta que nos acostamos. Durante ese tiempo estuvimos hablando de cosas superfluas sin importancia para que nuestras mentes se liberaran y así poder dormir relajados esa noche.

18

A las ocho ya estábamos en pie. Había dormido de un tirón y gracias a esto había recobrado gran parte de mi energía. Una vez hecho el primer aseo nos fuimos al Jablito. Allí la dueña nos dio sendas toallas y una vez nos hubimos duchados nos ofreció un desayuno que no tenía nada que envidiar al de los hoteles o la gente de dinero. Este se componía de zumo de naranja, café, leche, tostadas, mantequilla, mermelada de fresa y de melocotón, croissants y un poco de jamón y queso. Tras este pequeño almuerzo pusimos rumbo a La Oliva, con tiempo de sobra.

La ceremonia fue bastante emotiva y el párroco dio un sermón de los de película, en más de una ocasión no pude contener las lágrimas ante sus palabras de gran belleza y conocimiento de aquella mujer que nos había abandonado. Hasta pude ver en los ojos de Lucía un par de lágrimas que a duras penas logró contener. Al finalizar nos dirigimos al cementerio, el cual se hallaba a unos seiscientos metros de la iglesia. Fuimos caminando, detrás del féretro, hasta el camposanto. No fueron más de diez minutos , doce o trece a lo sumo, pero para mí fueron como doce o trece horas, y no tanto por mi dolor si no por el de los padres. Cada grito y llanto se convertían en una punzada en mi corazón. Deseaba como un loco que aquello terminase ya y que, por fin, su cuerpo y nuestras mentes descansasen en paz de una vez. Cuando metieron el féretro en el nicho el mundo pareció detenerse por un segundo y después sentí como Lucía me abrazaba. Cuando lo taparon me besó en la mejilla a la vez que apretaba su abrazo. Me giré hacia ella y le di las gracias.

Finalizado el acto y tras dar de nuevo el pésame a Antonio y a Candelaria, nos fuimos a comer a la Caleta.

—¿Cómo estás? —me preguntó una vez pedimos.

—Bien, creo —contesté mientras miraba a mi alrededor—. Es

extraño, por un lado me siento triste y por otro me siento aliviado. Espero que en un par de días todo vuelva a la normalidad.

—Lo hará, ya lo verás.

Comimos casi en silencio, disfrutando de unos excelentes pescados y un vino blanco de la casa que no tenía nada que envidiar a los de las grandes bodegas.

Después, fuimos hacia el puerto a disfrutar de unos helados y un café.

—¿Y ahora qué harás? —preguntó Lucía, mientras daba cuenta de un enorme helado de dos bolas, de pistacho y fresa.

—Volveré a la isla, tal vez esté en ella un par de días. Tengo que limpiar, desde que vine he estado holgazaneando más que trabajando. ¿Y tú?

—Seguiré buscando información. Dentro de un rato llamaré para ver si averiguo algo de la investigación de la guardia civil y si hay nuevas de la desaparición de la turista —comentó y se lamió los dedos de la mano que se habían impregnado del helado que se derretía—. No quiero irme sin resolver qué pasó con esas mujeres.

—Buenas tardes, Lucía, Óscar —saludó una voz a mi derecha.

Giramos la cabeza, frente a nosotros estaba José del Monte. Vestía con traje negro y camisa blanca. El botón de arriba se lo había desabrochado y del bolsillo derecho, de su chaqueta, se apreciaba un bulto que no era otra cosa que una corbata enrollada.

—Buenos días —respondimos casi al unísono, de manera automática me levanté.

—Por favor, siéntate —sonrió—. Tus padres estarán contentos, eres un buen chico.

—Gracias —respondí y me senté.

—¿Quiere acompañarnos? —preguntó Lucía, señalando la silla vacía que había junto a ella.

El hombre dio las gracias y se sentó junto a nosotros.

—Bonita ceremonia —comentó del Monte para romper el silencio —. Ese hombre debería de dedicarse a la política, tiene un piquito de

oro.

—Sí, la verdad que fue muy hermoso todo lo que dijo —afirmó Lucía, que desvió su mirada hacia el periódico que el hombre había dejado sobre la mesa—. Disculpe, ¿es el periódico de hoy?

El hombre miró hacia el diario y negó con la cabeza.

—No, es el de ayer. Lo traje porque tal vez os interese. Lo digo porque aquí está la esquela de Carmen y como vosotros erais amigos de ella, a lo mejor querríais tenerla —explicó y deslizó este hacia nosotros.

—Gracias, es usted muy atento —acerté a decir, a la vez que sentía como se me formaba un nudo en la garganta.

Cogí el periódico, el Canarias7, y busqué la zona de los obituarios.

—Carmen María Pérez Sánchez —empecé a leer en voz alta, para que Lucía y del Monte pudieran escuchar lo que ponía la esquela—. Fallecida en Fuerteventura, el domingo día siete de agosto de mil novecientos noventa y cuatro. Descanse en paz, su madre María Candelaria, su padre Marco Antonio. ¿Marco Antonio?

Paré de leer y miré a del Monte.

—Sí, su nombre es Marco Antonio —afirmó éste, mirando al periódico pero sin verlo—. De hecho al principio todo el mundo lo llamaba Marco, pero luego llegó la serie esa de dibujos con el machanguito ese que se llamaba igual, el que buscaba a su mamá con el mono sobre el hombro y bueno… empezaron a burlarse de él, en plan cariñoso algunos pero otros no tanto. Que si dónde estaba el mono, que cuál de los dos era más guapo… y otras muchas más tonterías del mismo estilo. Hasta llegaron a modificar la canción y en vez de las montañas e Italia decían la playa y Villa Juana. Tonterías pero que a Antonio no le hicieron mucha gracia. Entre lo repetitivo de éstas y que él tiene un carácter digamos fuerte decidió que todo el mundo le llamase como lo llaman ahora. Legalmente sigue siendo Marco Antonio pero familiarmente es Antonio, y cuidado con llamarlo Marco. Ese texto de la esquela tuvo que ser cosa de la mujer, seguro.

Lucía se acercó a mí y yo giré el periódico para que lo viera, algo en su mirada y en su rostro me hizo poner en alerta.

—¿De verdad nos lo podemos quedar? —preguntó.

—Claro que sí —confirmó del Monte y se levantó—. Bueno, si no os molesta os dejo. Necesito quitarme este traje, lo siento pero ni soy de iglesias ni de funerales. Espero veros pronto. Buen día.

Esperé a que el erudito de Villa Juana se marchara para preguntar a Lucía.

—¿Qué es lo que viste? —pregunté mientras señalaba el periódico.

—¿No me digas que no te has dado cuenta? —inquirió extrañada —. ¿No te dice nada el nombre de Marco Antonio Pérez?

—Pues, no sé —respondí en un primer momento, pero entonces se me vino a la cabeza—. Espera, ese es el mismo nombre que el que me comentaste, el de la agencia de cambio, el de los dólares.

—Exacto. Y sí, ya sé que el apellido Pérez es muy común en España, pero ya va seguido de un nombre compuesto que no lo es tanto.

—Cierto.

—Y también está lo de sus deudas —comentó llevándose la mano a la barbilla—. Deudas y gastos. ¿Cómo podía gastar tanto si el negocio apenas daba para sobrevivir?

—¿A qué te refieres? —pregunté nervioso, aquellas elucubraciones no me gustaban nada.

—¿Cómo podía pagar la universidad y los gastos de su hija? Vivir en Madrid no es barato.

Me quedé en silencio, eso era cierto y además estaban el ordenador, el coche y otras cosas que había visto en la casa.

—Espera, por favor —rogué casi con un gemido—. ¿Quieres decir que ese hombre tiene que ver con la desaparición de esas mujeres y la muerte de Carmen?

Lucía abrió los ojos como platos y alzó las manos en señal de calma.

—Estoy haciendo suposiciones nada más, Óscar. Además estoy casi segura de que él no tuvo nada que ver con la muerte de su hija —hizo una extraña mueca con la cara y prosiguió hablando—. Pero, y

digo pero, la mayoría de las veces el asesino es alguien cercano a la familia. De todas maneras tengo que hacer más indagaciones.

El teléfono sonó y ambos dimos un brinco. Me había olvidado del maldito chisme, que llevaba conmigo a todos lados a pesar de que su utilidad era casi nula.

—¿Sí, dígame?

—Buenos días, Óscar —respondió una voz al otro lado que enseguida reconocí, don Julio—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Vaya sorpresa pensé que estaba de vacaciones —respondí, olvidando los buenos modales.

—Y lo estoy, pero me acabo de enterar de lo que ha pasado allí. Una desgracia, ¿Todo bien por el Este? ¿Te está molestando mucho la policía, la guardia civil?

—No, no mucho. Sólo me llamaron para preguntarme un par de cosas, ya que el cuerpo de Carmen apareció en una de las calas.

—¿Carmen? —preguntó curioso— ¿Se llamaba así la joven? Una pena. Te llamaba para darte un número de teléfono por si necesitas ayuda, aunque espero que no, ¿verdad? Vaya tonterías que digo. ¿Tienes dónde apuntar?

Hice un gesto a Lucía y me confirmó que sí. Tomamos nota de un número de teléfono que por su prefijo supimos que era de la provincia de Las Palmas. No era el de él, era el de un colega que vivía en Fuerteventura y que me ayudaría en cualquier cosa.

—Gracias, don Julio, ha sido muy amable en llamar.

—De nada, espero que esto se arregle pronto ya tuvimos bastante con lo de Alejandro para que ahora pase otra desgracia similar. Eso no le va a gustar a los herederos, espero que no se enteren por ahora.

—¿Alejandro?

—Sí, hombre, el guardés que estaba antes. ¡El que se despeñó! *Però, quina joventut aquesta. No tenen cap per pensar només per pentinar*. Bueno, cualquier cosa me avisas. *Adéu.*

Dejé el teléfono en la mesa y miré preocupado a Lucía.

—¿Tú crees que necesito abogado? —pregunté aún aturdido por

la llamada.

Lucía no respondió, me miró y sonrió.

—¡Joder! Óscar, esto se va acelerando cada vez más. No sé si lo que estamos desenmarañando tiene que ver con las desapariciones o con la muerte de Carmen, pero…

—Para, para. ¿De qué hablas?

—Ahora, cuando hablaste con tu jefe. Acabamos de encontrar al segundo hombre, aunque esté muerto.

—¿Te refieres al guardés muerto? —pregunté sorprendido, luego dejé que mis neuronas discurrieran en plan Jessica Fletcher o doctor Mark Sloan y, también, lo vi—. Claro, las mujeres del velatorio. Él es Alejandro Bencomo, el otro individuo que estuvo cambiando grandes cantidades de dólares. Y, seguramente, ambos se conocían. Están relacionados entre ellos y los grandes movimientos de dólares que no se pueden justificar con las ventas del bar o el sueldo de vigilante.

Lucía exhibía una sonrisa exultante.

—Ya tenemos por donde tirar —comentó con un tono de voz excitado y lleno de júbilo—. Tengo que ir a Puerto del Rosario a hacer unas averiguaciones y unas llamadas.

Asentí con la cabeza y nos levantamos de la mesa.

—Siento dejarte así —dijo en un tono más tranquilo y con una mirada seria pero a su vez llena de ternura—. Espero que Antonio no tenga que ver con nada de esto pero hay que ser realistas, está metido en algo turbio. No quiero engañarte, las cantidades de dólares no eran normales. Puede que fuera dinero ganado en apuestas en galleras o peleas de perros pero no hay que olvidar las desapariciones y que justo cuando desapareció una de ellas…

—¿Quieres decir que su padre la mató, que mató a su hija? —la interrumpí furioso—. ¡Eso es imposible! Si le daba todo lo que quería, ¿por qué iba a matarla?

Lucía no dijo nada, simplemente se encogió de hombros. Luego nos despedimos, me preguntó si quería que me acercara a Villa Juana pero le dije que no, que prefería caminar. Así podría pensar y meditar sobre todo lo que habíamos descubierto y hablado en tan poco tiempo. Además me sentía un poco molesto por sus insinuaciones.

El resto de la tarde, hasta la hora acordada para que Abel me llevara a la casa, lo pasé deambulando por Corralejo. De manera inconsciente, o tal vez no tanto, evité en todo lo posible encontrarme con Antonio.

El trayecto hasta el islote fue en completo silencio. Abel parecía nervioso y más encerrado en sí mismo de lo habitual.

Nos despedimos y quedamos en que yo le llamaría, pues no sabía muy bien cuándo volvería a Fuerteventura.

Entré en la casa y me dirigí a la cocina, tenía hambre. No había nada preparado así que entré en la despensa para hacerme con una lata de salchichas. No tenía ganas de cocinar, como siempre, y había decidido hacerme unos huevos fritos con salchichas.

Cuando pasé a la despensa experimenté una sensación extraña, algo iba mal. No sabía el qué pero pasaba algo. Di un paso más al frente y entonces escuché como se rompía algo de vidrio. Agaché la mirada a mis pies y levanté mi pierna derecha, acababa de pisar algo, con mis manos recogí un fragmento de algo parecido al cristal. Lo examiné, no era muy grande pero no cabía duda de que era de un bote o algo similar. Miré mi pequeña despensa con mayor detenimiento y entonces comprobé que faltaba un bote de tomate frito. Estaba seguro de que tenía dos, uno empezado con menos de la mitad de su contenido y otro lleno. Y era este último el que había desaparecido. Un escalofrío me recorrió el cuerpo porque, en ese instante, también percibí que algunos botes no estaban bien colocados. En mi aburrimiento había puesto las conservas y botellas de tal manera que las etiquetas quedaran de frente y ahora había un par de ellas que estaban torcidas. Alguien había entrado y había movido todo aquello, pero ¿por qué? Entonces, otro pensamiento se vino a mi cabeza: si habían removido estas cosas lo más probable es que también hubieran hecho lo mismo con mis objetos personales. Corrí al cuarto. Revisé cada centímetro de la habitación pero no vi nada extraño.

Un nuevo pensamiento vino a mi cabeza: ¿Podrían ser imaginaciones mías? A lo mejor ya había gastado el bote de tomate y no me acordaba, con los incidentes de los últimos días podría ser posible o, tal vez, Abel vino por cualquier motivo y tiró el bote y se olvidó decirlo o le dio miedo comentarlo. Al final decidí dejarlo estar. El próximo día cuando llamase a Abel, para que viniera a buscarme, se lo preguntaría.

No había terminado de cenar cuando un fuerte cansancio empezó



a inundarme por completo. Así que dejé la loza sin fregar, ya lo haría al día siguiente, me lavé los dientes y me acosté.

19

El suelo estaba frío, cosa que me extrañó teniendo en cuenta que estábamos en agosto, pero seguí adelante hacia el cuarto de baño. Las ganas de orinar me habían despertado, parecía que tenía la vejiga a punto de reventar. Por eso no retrocedí, no estaba seguro de si llegaría hasta la taza casi podría decir que se me salían los meados. A toda velocidad salí del cuarto, pasé por la sala de estar y llegué hasta el pasillo; más que correr parecía que volaba.

Al cruzar la puerta de la cocina sonó un *cling*. Me detuve de inmediato. Era el reloj de un microondas al finalizar su cuenta atrás, pero eso era absurdo en la casona no había ninguno. ¿Qué estaba pasando?

Me quedé quieto pensando mientras con mi mano derecha agarraba mi pene en un gesto desesperado por evitar orinarme encima. En ese momento oí como si una puerta de plástico, tal vez del microondas, se abría. Todos los pelos de mi cuerpo se erizaron y me estremecí todo, de pies a cabeza. En ese instante mis fosas nasales empezaron a captar el claro aroma de un sándwich de jamón y queso recién hecho. Sin darme cuenta solté la mano de mi miembro y un fino hilo de orina empezó a caer por mi pierna izquierda hacia el suelo. Una silla empezó a ser arrastrada por el suelo. Mi vejiga se descargó por completo, podía sentir el calor de la orina resbalar por mi helado cuerpo por el miedo.

«Esto no es posible, esto no es verdad», pensé para mí.

Sin saber muy bien el porqué empecé a caminar hacia la cocina. Sabía que había alguien y, sin haberlo visto ni oído, sabía quien era. Según pasé el umbral la vi, estaba de espaldas pero sabía que era ella.

Se encontraba sentada en una silla comiendo un sándwich. Miré a mi alrededor buscando el microondas y lo vi junto al fregadero. Estaba

sucio, herrumbroso y le faltaba parte del vidrio de la puerta. De una de las rejillas de ventilación pude ver dos pequeños gusanos blancos saliendo al exterior.

—Hollín, hollín —dijo ella con una voz pastosa—. Castaway, Castaway.

Dirigí mi mirada del electrodoméstico hacia ella. Para mi sorpresa se había levantado sin que yo me hubiera dado cuenta y estaba junto a mí. Se encontraba desnuda, sus pechos firmes y erectos ahora caían flácidos como lo de una anciana, su piel morena era ahora blanca como la leche, sus labios estaban hinchados y morados. Extendió sus brazos hacia mí para abrazarme. No hice nada para evitarlo, en parte porque quería que lo hiciera y en parte porque al ver su apariencia me había quedado petrificado por el miedo. Cuando sus manos me sujetaron por detrás y me atrajeron hacia ella, para besarme, recordé la pesadilla que había tenido días atrás y me desembaracé de ella dándole un fuerte empujón que la hizo retroceder un par de pasos. Chocó contra el fregadero de la cocina y lanzó un breve gemido y me miró. Su mirada fue como una puñalada en el corazón porque no había odio ni rabia sino dolor. Se sentía herida por mi rechazo, por mi sentimiento de repugnancia hacia ella. Abrió la boca y levantó su brazo derecho hacia mí pero no dijo nada ni hizo nada, solamente se quedó mirándome unos segundos y se giró. Empezó a caminar torpemente hacia la despensa, yo permanecí quieto viendo cómo se iba, cómo se marchaba. A los pocos pasos de su huida fui yo el que se puso en movimiento acercándome a ella.

—Carmen, espera —acerté a decir con voz temblorosa—. Perdóname, por favor.

Se detuvo y yo hice lo mismo, apenas había algo más de medio metro entre los dos. Parecía que hubiéramos andado cientos de metros y apenas había recorrido un par.

Lentamente se giró hacia mí, sus ojos brillaban de una manera especial. Reflejaban amor, calidez y ternura. Intentó decir algo pero no salió nada de su garganta. Pareció dar un suspiro y, entonces, se irguió y miró detrás de mí. Su cara se transformó por un instante en la de *El grito*, de Munch, luego se dio la vuelta y corrió a la despensa. Yo me giré y por un momento creí volverme loco.

Ante mí había un ser de forma humanoide, y no digo que era una persona pues su fisonomía no era la de tal. Tenía algo similar a un tronco que cambiaba su fisonomía constantemente, de él distinguí una

cabeza pero no su rostro porque mutaba constantemente y varias extremidades, no se cuantas, entre brazos y pies. De aquel monstruo había dos cosas que me llamaron más la atención y que por un segundo me hicieron desear haber perdido realmente la razón. Una era su rostro que como ya dije era cambiante pero que entre sus variaciones pude distinguir la caras de Antonio, la de Abel, la de del Monte y otras más que había visto en Villa Juana. La otra cosa que me impresionó fueron sus dedos, de aquellas extremidades que salían de diferentes partes del tronco de ese ser, aquellos dedos tenían forma fálica, de penes erectos, que señalaban continuamente hacia mí.

Intenté huir pero no pude, apenas había comenzado a girarme cuando aquella cosa se abalanzó sobre mí y me abrazó. Sentí como algunos de sus múltiples brazos me aprisionaban mientras otros recorrían todo mi cuerpo. Uno de aquellos brazos separó mis piernas y noté cómo extendía su mano hacia mis nalgas mientras otra se acercaba rápida hacia mi cara. Cerré con fuerza mi boca e intenté juntar mis piernas pero fue imposible. Luché por quitarme de encima aquella cosa pero sus incalculables brazos me agarraban y me apretaban imposibilitando la huida. Entonces sentí como uno de aquellos dedos lograba penetrar por mis nalgas e introducirse por mi ano. Se ereccionó más y sentí un sensación de dolor que fue en aumento cuando empezó a moverlo hacia fuera y hacia dentro, intentando penetrarme lo más adentro posible. Aunque no quería no pude evitarlo y grité. Eso se aprovechó e introdujo otro de sus dedos por mi boca y, al igual que el anterior, según entró sentí como aumentaba de tamaño y empezaba a moverse también de forma violenta y rítmica hacia fuera y hacia dentro.

Casi no podía respirar mientras aquel ser me penetraba, me violaba, por ambos lados. Sentía ganas de vomitar y por un momento hasta creí perder el sentido. Pero, entonces, si hasta ese momento parecía que nada peor podría ocurrirme sucedió. Aquel ser llegó al orgasmo y eyaculó en mi boca y en mi ano. Sentí como algo viscoso y maloliente salía de sus dedos fálicos. La visión se me nubló y mi estómago dijo basta. Mis músculos empezaron a reaccionar de forma, totalmente, involuntaria y tras una sucesión de arcadas empecé a vomitar.

Mi cuerpo se irguió ligeramente de la cama y, de manera inconsciente, me giré hacia mi izquierda evitando así tragarme mi propio vómito. Durante unos segundos estuve expulsando lo poco que había en mi estómago mientras mi cerebro intentaba encauzar la realidad. Estaba en un estado de sobreexcitación debido al despertar

brusco de la pesadilla, mi mente todavía se encontraba dividida en dos mundos: el real y el de lo onírico. Poco a poco, todo fue volviendo a su cauce y pude irme relajando a la vez que mis músculos dejaban de comportarse compulsivamente.

Me levanté de la cama y me limpié, con el dorso de mi mano derecha, los restos de vómito de la cara. Miré desde mi pecho hasta mis ingles y, por suerte, estaba limpio de cualquier tipo de resto alimenticio. Tenía que limpiar el suelo junto a la cama y ducharme, pues estaba empapado de sudor. Miré hacia la puerta y un escalofrío recorrió mi cuerpo, era algo totalmente irracional, al pensar si aquello estaría por allí. Luego me recriminé: primero aquello era Carmen y segundo había sido una pesadilla nada más. Caminé hacia la cocina y mientras lo hacía pensaba a qué vendrían aquellos sueños, en especial este último. Había leído en revistas científicas, como *Muy interesante,* que los sueños, según algunos científicos, eran o bien una clasificación de los hechos acontecidos en el día o bien intentos de abordar temas de nuestra vida que no habíamos sido capaces de resolver conscientemente. Sea como fuere sabía que aquella pesadilla no era más que un compendio de ideas y pensamientos que se me agolpaban en mi inconsciente, dudas e ideas sobre qué podría haber ocurrido o quién podría estar detrás de cada cosa. Si descomponía aquel sueño ya fuera por sus personajes como por sus acciones podría darle una fácil interpretación, totalmente lógica. No había que ser Freud ni ninguno de sus discípulos.

Entré en la cocina y pasé a la despensa. Mi idea inicial había sido buscar el cepillo, la pala y la fregona con su cubo, pero la deseché según entré en el cuarto. Miré el armario donde estaban los frascos y desde donde se había caído el bote de tomate y empecé a retirar todo lo que había en sus baldas. Fui dejándolo todo en la cocina sin saber muy bien el por qué. Cinco minutos después el mueble estaba vacío. Cogí aire un par de veces, para darme ánimo y fuerza, y desde uno de los extremos, el más cercano a la cocina, empecé a empujarlo. Para mi sorpresa pesaba menos de lo que esperaba y al final logré girarlo hasta unos treinta grados, o tal vez más.

Lo que vi no me sorprendió aunque debería haberlo hecho pero de manera inconsciente sabía lo que iba a encontrar. Y entonces comprendí las palabras de Carmen: *hollín, Castaway*. Aunque sería mejor decir que las comprendí conscientemente porque habían sido esas palabras las que, de manera inconsciente, me habían llevado a mover el mueble.

Hollín y Castaway eran nombres de una novela de Enid Blyton,

Los cinco en el cerro del contrabandista. Una historia de, como bien decía su título, contrabandistas y pasadizos secretos. Lo más probable que la idea del pasadizo viniera al escuchar las historias de Antonio y Carmen, y al ver la diferencia de grosor en el muro el otro día.

Frente a mí había una pequeña puerta. Empujé la madera pues no había pomo ni picaporte pero no se movió. Vi un orificio, junto a uno de los extremos, debía de ser para insertar la llave que la abriera. Di un par de empujones más pero no pasó nada, tenía que buscar la llave. Pero, ¿dónde? Que yo supiera no habían más llaves que las que yo tenía, ya había estado rebuscando, anteriormente, y no había encontrado ninguna. Entonces recordé cuando estuve en la casa del padre de Carmen, allí había visto una. ¿Podría ser esa la llave? Negué para mí. ¿Por qué habría de tenerla él? Entonces se me vinieron mil ideas locas pero ninguna que se sustentara con argumentos lógicos y demostrables.

Regresé a la cocina y cogí un cuchillo de cabeza curva, de esos que sirven para untar la mantequilla, e intenté usarlo a modo de llave-tirador pero, como esperaba, no funcionó y lo lancé lleno de rabia lo más lejos que pude. Salí de la despensa y me senté en la cocina, lo hice en la misma silla en la que había estado sentada Carmen en mi pesadilla y no pude evitar experimentar un fuerte escalofrío, como si su fantasma se encontrase allí. Seguí pensando y se me ocurrió llamar a Lucía pero eran las cuatro de la mañana. La idea que había tenido presumía que como policía que era, y teniendo en cuenta las series de televisión que había visto, sabría abrir puertas o de lo contrario la tiraría abajo de una patada, en definitiva una total tontería. Al final, sin más opciones decidí hacer otra búsqueda pero esta vez más exhaustiva, buscando por donde no lo había hecho todavía. Una hora después no encontré nada, así que me hice un café con leche y lo acompañé con un par de magdalenas. Tras finalizar limpié el cuarto que hacía de dormitorio y me duché.

Una vez me había secado y estaba más relajado fui al salón y me senté en el sofá, mirando la estantería que estaba frente a mí cubierta por una vieja sábana. Dejé mi mente en blanco y, tras unos segundos, aparté la tela para ver los libros que allí había; aún era de noche y no tenía sueño, tal vez alguno me serviría para distraerme hasta que llegase el día. Aunque había una gran cantidad de ejemplares, casi una treintena, la mayoría no eran de mi gusto literario y los pocos que habían ya los había leído y, en ese momento, no me apetecía volver a hacerlo.

Mirando los títulos hubo uno que me llamó la atención. Era un

libro de Paul Auster que se titulaba *The locked room (La habitación cerrada)*. En una primera ojeada no había recaído en él, tal vez por la rapidez con que lo hice, pero al hacer una segunda me detuve. Sentí que era como una extraña coincidencia que en la despensa hubiera una habitación secreta, cerrada, y que en la biblioteca se encontrase ese libro y que, además, estuviera en inglés; también habría que destacar que esa obra como su autor no acababa de encajar con el resto de los allí presentes. De forma casi automática dirigí mi brazo hacia éste y lo cogí. Era una edición de tapa blanda, cosa que en un principio no me extrañó porque la mayoría lo eran, y, según se veía desde fuera, con muy poco uso. Observé durante unos segundos la portada que para mi gusto era de las más insulsas y poco atractivas que había visto; desde mi punto de vista si fuese por su presentación no lo hubiese comprado pero claro, la mayoría de las veces, las apariencias engañan. No es raro el libro que con una gran portada luego… luego no tiene nada más. Lo abrí y, en ese mismo instante, supe que ahí había algo. Las primeras hojas estaban sueltas pero luego el resto estaban pegadas. Donde estaban las páginas unidas habían quitado la parte central, probablemente, con algún tipo de cuchillo u hoja de afeitar y ahí habían guardado, o escondido sería lo más correcto, una llave. Ésta era del mismo diseño a las que yo tenía y a la que había visto en casa de Antonio. Me había tocado la lotería, no eran millones de pesetas pero si una posible solución al misterio de la despensa.

Sonreí y pensé por un instante que sí, que eso parecía un aventura de los cinco si no fuera porque había muerto una persona o tal vez dos. Dos mujeres inocentes, eso sin contar las que habían desaparecido y nadie sabía dónde estaban.

Corrí hacia la despensa y probé fortuna. La llave giró sin problemas y, con ayuda de ésta, tiré hacia mí de la puerta. Apenas se movió, lo justo para que pudiera entrar una persona no muy corpulenta y, por fortuna, ese era mi caso. Cuando iba a entrar, como si fuera el mismo Indiana Jones, me detuve. No estaba preparado para lo que pudiera haber allí dentro. En primer lugar estaba desnudo, necesitaba ponerme unos pantalones y unos zapatos, y en segundo lugar necesitaría una linterna, por lo poco que había visto al abrir la entrada no se apreciaba iluminación alguna.

20

Una vez me hube preparado: vestido, cogido una linterna y un cuchillo, por si las moscas, entré por el pasadizo.

No olía a humedad, como uno podría pensar por las películas y novelas de aventuras, todo lo contrario; el aire era seco y se sentía el polvo que se levantaba al caminar, no era mucho pero se sentía al entrar por las fosas nasales.

Según pasé la puerta descubrí que no tenía muchas opciones para elegir. La galería solo tenía un sentido para ir, hacia mi derecha según entré. Ésta no era muy alta, si me ponía de puntillas podía rozar el techo con mi pelo, y de ancho también andaba bastante ajustada, una persona más ancha tendría que haber caminado de lado como los cangrejos. Anduve con cuidado pues no sabía que podría encontrarme, aunque gracias a la linterna podía ver con varios metros de antelación.

No debía de haber andado más de un par de metros cuando la galería cambió, el camino continuaba pero encima mía el techo desaparecía, era un especie de hueco que subía tres o cuatro metros, y a mi izquierda habían unos gruesos alambres de acero galvanizado que servían a modo de escalera vertical. Dudé un momento y, al final, decidí tomar lo que parecía el camino más rápido y seguro.

Ascendí con la ayuda de los asideros hasta la planta superior. Si mis cálculos eran correctos saldría en uno de los dormitorios cerrados por alguna puerta secreta escondida, lo más probable, tras un armario o algo similar. Mi sorpresa fue mayúscula cuando al terminar mi camino no encontré ninguna salida sino una pared bien consistente. Por un instante me quedé mirando el muro mientras pensaba que no tenía sentido el poner esos agarraderos sino se iba a algún sitio. Estornudé, por el polvo y el calor, y al girar la cabeza, de reojo, lo vi. La salida estaba detrás mía.

Por segunda o tercera vez, aquel día, volví a quedarme confuso hasta que recordé que la casona estaba pegada a la de los trabajadores

y guardeses. Con cuidado me giré un poco, algo menos de noventa grados, y con el brazo derecho palpé la tabla de madera. Estaba dentro de la habitación y si la empujaba para la derecha se deslizaba algo más de medio metro, suficiente como para pasar. Por suerte el tubo era estrecho y no fue demasiado complicado salir de él, parecía diseñado para que fuera más fácil entrar en este desde la habitación.

Como ya había imaginado salí dentro de un armario, por suerte estaba vacío y las puertas no tenían echada la llave.

La habitación se encontraba casi vacía, solo estaban el armario, la base de una cama y un escritorio. Aquí sí olía un poco a humedad, pero no en exceso. Me acerqué al interruptor y lo pulsé, la luz se encendió y apagué la linterna para no terminar de agotar las pilas. Me acerqué a la puerta y, como ya imaginaba, estaba cerrada.

Me senté en la cama y empecé a hacer un poco de ejercicio mental, poniendo a mis células grises a trabajar: ¿Para qué eran esos túneles? ¿A dónde llevaba el otro camino? ¿Por qué salía en la zona de los trabajadores y no de los señores?

Mientras continuaba con mi cuestionario me fijé en un detalle, aparentemente, insignificante. Uno de los cajones del escritorio se veía abierto unos milímetros, de manera casi automática me levanté y me dirigí hacia él. Lo terminé de abrir. En su interior había una máquina de fotos alargada, una Kodak 400, papeles varios y un sobre. Miré el sobre, en su interior había como una docena de fotos. Noté como la respiración y el corazón se aceleraban al ver el contenido de las mismas. No podía dar crédito a lo que estaba viendo y a la suerte que había tenido al hacerlo. Hice tres montones separando, en cada uno de ellos, a las tres mujeres que aparecían. No sabía cómo se llamaban pero sí sabía quienes eran: las jóvenes desaparecidas. Tenía que llamar a Lucía pero era demasiado temprano, aún tendría que esperar, como mínimo, un par de horas. Me dio rabia que no tuviera un teléfono como el mío, y en ese momento pensé que tal vez algún día serían algo común como una conexión entre ordenadores para todos vía telefónica, algo así como Ibertext pero mejor y más fácil de usar, pero mientras tanto no había otra cosa que hacer y tendría que aguantar las ganas hasta las ocho o las nueve.

Aproveché para revisar los papeles y el sobre. En el último además de las fotos encontré los negativos, todo aquello indicaba que el anterior guardés estaba implicado y de manera importante en las desapariciones. Los papeles parecían interesantes también. Eran números con unos códigos iniciales y aunque no entendía lo que

significaban me sonó a lo que había visto en algunas películas de gánsteres: una contabilidad cifrada, tal vez un reparto por cada mujer.

21

Lucía escuchó, en silencio, sin interrumpirme en ningún momento. No era mucho lo que tenía que contar pero parecía crucial en su investigación.

—¡Joder, Óscar! Esto que me cuentas es todo un avance —Su voz sonaba excitada y nerviosa, notaba en ella alegría y esperanza—. Pensaba que tendría que volverme con las manos vacías, pero… pero con esta información la cosa cambia. Ahora, queda confirmar algunos de los cómplices, porque te guste o no Antonio está en este follón. Pero dime, después de descubrir esas fotos, ¿qué hiciste después?

—Tras salir de la habitación decidí continuar por el pasadizo que había dejado atrás. Aún era pronto para llamarte —miré el reloj de mi muñeca, eran las doce del mediodía—. Así que continué andando unos metros más y a medida que lo hacía este fue haciéndose poco a poco más ancho. No sabría decirte cuantos anduve, pero no menos de veinte o treinta, hasta que tuve que detenerme. Para mi sorpresa el camino llegaba a su fin, frente a mí había una especie de cancela de metal. Probé a abrir la puerta pero estaba cerrada. Usé la llave que llevaba conmigo pero, aunque entró, no funcionó. Corrí de regreso a la casa y cogí las otras que tengo pero tampoco funcionaron. Por lo que me vi obligado a regresar. Luego llamé al bar, sobre las ocho y media, y la doñita quedó en darte el mensaje. No veas lo larga que se me ha hecho la espera.

—Me lo imagino y perdona que no te llamara antes —se disculpó y noté que su voz cambiaba de golpe, de la euforia absoluto a un pesar que me inquietó bastante—. Como te comenté vine a Puerto del Rosario a por información. Estoy en el cuartel de la Guardia Civil. Uno de mis contactos conoce a uno de los agentes que hay aquí destinado. Habló con él para enviarle una información al correo electrónico de aquí. No había otra manera, la información era reservada y demasiada para tomar nota. Hace un momento que acabamos de imprimirla,

imagínate a la velocidad que van estas impresoras hemos tardado casi media hora en terminar. Más de doscientos folios. Apenas he tenido tiempo para mirar más que un par de cosas. Y… una de ellas fue lo referente a la muerte de Carmen —dio un suspiro, tragó saliva y continuó—. No es fácil lo que te voy a decir, Óscar. Hace poco que nos conocemos pero me has ganado como amiga además de mi respeto, hacia ti, como persona.

—Por favor, Lucía, ve al grano —supliqué casi desbordado por los nervios.

—Perdona, no quería enrollarme —se disculpó—. Verás, Carmen no fue asesinada. Según la autopsia murió ahogada. El forense llega a la conclusión que intentó alcanzar la costa nadando pero no lo logró y se ahogó. Luego el mar terminó lo que ella no pudo hacer y la arrojó a tierra. De lo que sí hay evidencias es de que fue retenida contra su voluntad, tenía marcas en las muñecas y pies que lo ratifican. Fue atada sin lugar a dudas. Y, además… ¡Joder, Óscar!... Según el examen que le hicieron… hay, también, bastantes evidencias de que… abusaron sexualmente de ella. Se tomaron muestras de ADN para su confirmación.

En ese momento mi cerebro se desconectó de la conversación y, por un instante, mi corazón dejó de latir y mis pulmones de respirar. Por suerte estaba sentado pues de lo contrario habría caído al suelo como una fruta madura de un árbol. No lloré, no grité, simplemente me quedé mirando la nada con el teléfono pegado a mi oído derecho.

—¿Óscar, me oyes? ¿Estás bien? ¡Contesta, por favor! —gritaba Lucía al otro lado.

—Te… te escucho. Pero bien no estoy —respondí mientras un dolor punzante se producía cada vez que mi corazón latía, de forma acelerada y de manera arrítmica—. Pero… esto no tiene sentido. Violada, ahogada. ¡Dios mío!

Gemí y se hizo un silencio a ambos lados de la línea. Al final fue Lucía quien lo rompió.

—Óscar, escúchame —habló con un tono suave y tierno como si lo hiciese con alguien a quien quisiese, con alguien importante en su vida—. Te necesito y no solo para averiguar quién se llevó a las mujeres sino para descubrir quién mató a Carmen. Porque es o son las mismas personas. Ahora ya es seguro.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté con cierta curiosidad.

—En los papeles que acabo de imprimir no está solo la autopsia hay más cosas. Y una de ellas son las pertenencias que tenía cuando la encontraste, entre estas había un pañuelo de tela pequeño —explicó de manera pausada—. Y dentro de ese pañuelo había un pendiente. Ese pendiente no era de ella, es más a ella le faltaba uno. ¿Sabes de quién era ese pendiente y qué significa?

No contesté aunque cierta idea se me vino a la cabeza.

—Ese pendiente era de la joven desaparecida. Luego Carmen estuvo con ella y fueron lo suficientemente inteligentes como para intercambiarse uno de esos aretes, y así en caso de que encontrase a una de ellas la policía, o en este caso nosotros, supiésemos que habían estado juntas.

—¿Y?

—¿No lo ves? Es lógico, todavía tiene que estar por aquí y muy cerca. No se la habrán podido llevar. La tendrán escondida en algún lugar seguro hasta que todo se calme.

Miré hacia la cocina.

—¿Crees que esté detrás de la cancela?

Lucía calló unos segundos.

—Podría ser, pero ¿cómo la escondieron allí? Tú vives en la casona, sería una locura. Aunque aprovecharan cuando tú no estás ¿Cómo harían para darle de comer o asegurarse de que no escape? Sería interesante encontrar la otra llave.

—Creo que sé donde está —respondí y una pena mayor me inundó el alma—. Aunque espero equivocarme. El otro día vi una llave en casa de Antonio similar a las de aquí cosa que me extrañó pero no le di mucha importancia.

Un nuevo silencio.

—¿Por qué dices que te extrañó?

—Porque es una llave clásica, de casa vieja, y las del bar y la vivienda del padre de Carmen eran de las pequeñas, de las actuales. No encajaba.

—Puede que fuera de otra vivienda. Pero por otro lado todo va

encajando aunque no nos guste el resultado. Aunque hay algo que no me acaba de cuadrar. Si tiene esa llave, ¿por qué no tiene la otra, la que estaba escondida en el libro? Lo más normal sería tener las dos —suspiró y prosiguió—. Óscar, ¿tú podrías conseguir esa llave y probar a ver si es la que abre la cancela?

22

Abel me recogió temprano como le había pedido, quería llegar sobre las nueve a los más tardar. Navegamos, como la mayoría de las veces, en silencio casi hasta llegar a Villa Juana.

—Óscar, pareces un buen chico —dijo desviando la mirada del horizonte hacia mí, para mi sorpresa—. Siento que hayas vivido todo esto, no te lo mereces. Realmente nadie se lo merece, ni siquiera Antonio. No es perfecto pero no es mala persona. Es como todos, solo busca lo mejor para los suyos. Hay otros que son peores, lobos con piel de cordero. Pero tú no, así que espero le perdones.

Y tras hablar de esa manera tan críptica me sonrió, sorprendiéndome otra vez, con ternura y algo de tristeza.

No supe que contestar limitándome nada más a asentir con la cabeza. Aquel hombre me sorprendía constantemente, era imposible acabar de conocerlo.

Caminé despacio hasta el bar, hacía un buen día y estaba casi seguro que en el momento en que pisara el interior del local el poco buen humor que tenía desaparecería.

Al llegar vi a Antonio en el exterior hablando con uno de los proveedores. Se le veía cansado, increíblemente cansado, parecía haber envejecido diez años de repente, tenía el pelo con canas y unas grandes ojeras. La ropa se veía arrugada y algo sucia. Por un momento, y a pesar de lo que sospechaba de él, sentí una gran lástima y compasión por ese hombre. Al verme me saludó con un gesto con la cabeza que devolví de la misma manera.

En el interior del local había ya un par de *parroquianos*, uno de ellos era José del Monte y el otro era un jubilado que desconocía su nombre, pero al que los de la zona le llamaban *el corujo*. El anciano leía, con parsimonia y seriedad, el periódico mientras del Monte bebía

un cortado y miraba de reojo al otro, esperando que terminase para coger el diario.

—Buenos días, Óscar —saludó más verme—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondí con una sencilla sonrisa—. ¿Y usted?

—Bien, esperando para saber que pasa por el mundo —contestó sin apartar la vista del viejo—. Aunque a veces sería mejor vivir como los indígenas del Amazonas, desconectados del mundo a pesar de que este se está acercando como una apisonadora hacia dónde están y los barrerá como una escoba al polvo.

En ese momento, y tras haber repasado por dos veces las necrológicas, *el corujo* cerró el periódico, se levantó y se marchó del local sin haber consumido nada.

—La verdad que hay que ser caradura —comentó José y se dirigió a la mesa—. Aunque solo fuera podría haber pedido un café.

No dije nada. Esperé a que empezara a leer el periódico y, cuando pensé que estaba ya absorto en su lectura, entré en la casa.

Me dirigí hacia la mesita donde el otro día había visto la llave pero para mi sorpresa no estaba allí. Maldije en silencio, no tenía mucho tiempo para encontrarla. Recorrí la sala, intentando hacer el menor ruido posible, y por fin la encontré. La cogí y la guardé en el bolsillo delantero de mis vaqueros. Habían pasado casi cuatro minutos. Me bajé la cremallera y salí al bar. Como esperaba Antonio había vuelto a la barra. Me miró y José también lo hizo, levantando la cabeza de su lectura.

—Espero que no te importara que fuera al baño de adentro —comenté al tabernero mientras me subía la cremallera—. Pero soy muy maniático, debe ser cosa de mi cabeza, pero no puedo ir a hacer de vientre a los baños públicos. No sé explicarlo pero desde crío siempre ha sido así…

Antonio sonrió e hizo un gesto con la mano quitando importancia.

—Tranquilo, no pasa nada. No eres el único —La sonrisa desapareció, suspiró y continuó hablando—. A Carmen le pasaba lo mismo, nunca usaba este baño, siempre iba al de la casa aunque el local estuviera cerrado y el aseo lo hubiésemos acabado de limpiar.

Pedí un cortado y un sándwich mixto, mientras esperaba sonó mi

teléfono. Miré la pantalla pero no reconocí el número.

—¿Sí? Dígame.

—Buenos días, señor Martín. Soy la cabo Chamizo, supongo que se acordará de mí.

—Sí, claro —respondí con una leve sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Necesitaría que se presentase el lunes, sin falta, en la mañana en el Hospital General —respondió con tono cortés pero con un ligero tono imperativo.

Aunque sabía el motivo decidí hacerme el tonto como me había sugerido Lucía.

—¿Y para qué?

—Para tomarle una muestra de ADN, el otro día dijo que estaría conforme en que le tomáramos una muestra.

—Sí, lo recuerdo. ¿Y puedo saber por qué motivo? ¿Acaso Carmen fue asesinada?

—El motivo es simplemente para descartarle como sospechoso. Nada más.

Guardé silencio, no sabía si seguir preguntando o no. Al final decidí arriesgarme.

—Disculpe pero no ha respondido a mi segunda pregunta.

—¿De verdad? Pues yo juraría que sí. Nos vemos el lunes señor Martín —respondió con algo de sorna y colgó.

Dejé el teléfono y al hacerlo tuve la impresión de que del Monte me miraba furtivamente mientras fingía leer el periódico.

Una vez terminé mi desayuno me despedí de Antonio y de José y me fui hasta Corralejo, donde estuve vagando hasta la tarde. Mi salida del islote había sido solo para coger la llave y a medida que llegaba la hora de volver empezaba a invadirme el miedo. ¿Y si le hubiera dado por buscar la llave? Esperaba que no pues yo sería el principal sospecho, lo más seguro es que se acordaría de mi, supuesta, visita al baño. Por suerte no pareció ser así y cuando retorné el trato fue el habitual.

Regresé a la isla y mientras lo hacía mi mente no paraba de pensar cuáles deberían de ser mis siguientes pasos en todo esto. Tenía mis dudas pero la llamada de Lucía poco después de llegar a la casona me llevó a tomar la decisión.

—Hola, Óscar. ¿Cómo te fue en Villa Juana?

—Bien, me hice con la llave. Ya sólo queda probarla. ¿Y a ti qué tal? ¿Averiguaste algo más?

—La verdad es que no, aunque todavía tengo que leerme todos los papeles que imprimí. Lo que sí sé es que la Guardia Civil va a empezar investigando el círculo familiar y de amigos, lo habitual en estos casos. Con respecto a la chica desaparecida no hay nada nuevo —hizo una pausa y continuó con un tono más serio—. Mañana iré a verte al Este y aprovecharemos para investigar ese pasadizo secreto.

—¿Mañana? —pregunté sorprendido—. ¿Y por qué no ahora? Podrías hablar con algún pescador y te acercaría, aquí hay donde dormir.

—Las cosas hay que hacerlas con la cabeza. A fin de cuentas lo que has encontrado, probablemente, será un viejo túnel para el contrabando o para cualquier otra cosa ilegal.

—Pero, ¿y si ella está ahí? —protesté

—¿Y qué pruebas tienes? —respondió ella con vehemencia—. Además si tú estabas allí la mayor parte de los mañanas y todas las noches, ¿cómo hicieron para introducirla en el interior de la casona, sin que tu te dieras cuenta?

Aquella pregunta me desarmó, no tenía respuesta para ella y eso me dio una rabia terrible.

—No lo sé, pero eso no implica que no pueda ser posible.

—Y yo no te lo niego. Solo te digo que mañana lo investigaremos juntos, cuatro ojos ven más que dos. Además, tú estás muy alterado todavía por lo que te he comentado esta mañana. Sería mejor que intentases descansar. ¿Vale?

—Vale —respondí no muy convencido.

—Óscar, confía en mí —comentó al escuchar mis palabras—. Mañana verás que tengo razón. Descansa, por favor. Nos vemos.

Colgó, permanecí un rato con el aparato pegado a mi oído. Lo dejé en la mesita improvisada que había junto a mi cama y me senté en esta.

Comprendía el razonamiento de Lucía, pero ¿Y si la muchacha estaba encerrada en algún lugar de aquel siniestro pasadizo? Pero, ¿por qué pensaba que estaba allí? Porque Carmen había estado nadando por la zona este del islote y no había lógica para ello, si su barca estaba amarrada en Corralejo. Las habrían encerrado dentro y ella de alguna manera habría conseguido escapar. Pero también habían otras explicaciones; tal vez las tenían en un barco y ella saltó por la borda, pero de ser así la otra muchacha estaría perdida. Sería muy difícil localizarla.

Me levanté con la llave en la mano, parecía quemarme. Era como el Anillo Único que intentaba controlar a Frodo en *El señor de los anillos*. Caminé hasta la cocina y, allí, me volví a detener. ¿Qué debía hacer? Debía entrar, pues si la muchacha estaba allí podría rescatarla y llamar a la Guardia Civil. Se suponía que ahora en la isla estaba yo solo. No había ninguna embarcación en el pantalán y no había visto nave alguna en el mar, cuando me trajo Abel. Y en caso de que no estuviera, en caso de que no hubiera nada relevante, cerraría todo y cuando al día siguiente llegase Lucía me haría el tonto como si no hubiese estado por allí.

Como la vez anterior me preparé un poco para la expedición. Me puse vaqueros largos y una camiseta vieja, y, como complementos, cogí la linterna, mi navaja multiusos del ejército suizo y una botella de agua, por si acaso.

La verja se abrió sin problemas, aunque pude apreciar que llevaba tiempo sin usarse. Fue algo curioso lo que vino a continuación pues según pasaba el enrejado los nervios empezaron a apoderarse de mí por completo. ¿Y si al final hubiera alguien? ¿Y si estaba lleno de cadáveres o, peor aún, de zombis?

Ese último pensamiento me hizo reír y por un momento me sentí más tranquilo y seguro.

Continué el trayecto durante bastante tiempo, según mi reloj llevaba casi diez minutos caminando, aunque iba a un paso tranquilo observando todo con detenimiento. El túnel, en su mayor parte, iba en línea recta sólo había encontrado un par de curvas pero no muy pronunciadas de tal manera que casi podría haber ido a ciegas sin miedo a tropezar con nada. Fue en ese momento cuando al fondo del

camino vi algo en el suelo, los recuerdos del otro día se me vinieron a la mente y sin pensarlo dos veces corrí hacia aquello.

Como había imaginado se trataba de un cuerpo humano. Estaba sucio pero se veía claramente que era una mujer joven rubia y con facciones de Europa del norte o del este. Estaba casi desnuda, solo llevaba unas braguitas de baño y una camiseta. Por cómo caían sus pechos adiviné que no llevaba sujetador u otra cosa parecida. Me arrodillé a su lado. No hizo falta tomarle el pulso pues respiraba, era una respiración leve e irregular pero una respiración a fin de cuentas. Moví su rostro hacia el mío, tenía los ojos cerrados y parecía dormida. Acaricié su rostro con el dorso de mi mano para despertarla de manera suave e intentar que no se sobresaltara pero no reaccionó. La incorporé hasta sentarla y la apoyé a la pared. Cogí la botella de agua que llevaba y vertí un poco sobre su cabeza, ahora sí pareció reaccionar.

Parpadeó varias veces seguidas luego intentó mantener la cabeza erguida pero parecía no tener fuerza. Al final logró centrarse y cuando me vio y pareció asimilar que era una persona, y no un fantasma, intentó levantarse y huir. Su rostro se desencajó del horror. Cayó al suelo e intentó levantarse pero no pudo, no tenía fuerzas. Balbuceaba palabras sin sentido o eso me parecía a mí. Me agaché e intenté sujetarla y girarla hacia mí pero lo único que conseguí fueron manotazos al azar y sin fuerza. Me separé de ella y pude darme cuenta que estaba muy mal. Llevaba días sin comer y expedía un olor bastante desagradable, me fijé en sus piernas y vi manchas marrones secas en ella

—Soy un amigo —hablé en inglés, o por lo menos en ese idioma extranjero que había aprendido en el colegio—. Quiero ayudarte. Bebe un poco de agua, por favor.

Dejó de dar manotazos al aire, se giró y me miró. Sus ojos estaban ahí pero parecían no ver, sus labios presentaban llagas y un aliento denso salió de su boca cuando habló.

—Gracias —extendió las manos hacia la botella—. Gracias.

Bebió con ansia y parte del agua cayó a su camiseta llena de polvo y otras cosas que no pude identificar.

Volvió a darme las gracias y empezó a hablar pero, por desgracia, enseguida dejé de entender lo que me decía.

—Espera —la interrumpí—. ¿Podrías hablar más despacio? Yo no

hablo inglés. Solo sé unas pocas palabras.

Asintió con la cabeza y empezó a sufrir nauseas y vomitó el agua que acababa de ingerir, a la vez que se retorcía en el suelo.

Me agaché y la sujeté con cuidado. Le puse la palma de mi mano derecha en su frente y enseguida la aparté, estaba ardiendo. Tenía bastante fiebre. Su cara estaba pegajosa del sudor. Había que buscar urgentemente un médico.

—Necesitas un médico. Estás muy caliente.

Ella giró su cabeza hacia mí y asintió.

—Sí, necesito un médico. La comida estaba mal.

—¿Qué comida?

No entendí su respuesta pero al final con otras palabras más simples y gestos comprendí qué había comido. Mariscos que crecían en algunas piedras más adelante y cangrejos, parecía que la galería llegaba hasta el mar.

Se había intoxicado y era urgente buscar ayuda o podría morir.

Rápidamente me levanté, miré a la muchacha.

—¿Cómo te llamas?

—Brooke, Brooke Williams.

—Hola, Brooke, yo soy Óscar. Voy a por un médico. Vuelvo pronto.

Su rostro se desdibujó por el horror. Intentó levantarse pero no pudo, intentó ayudarse con las manos agarrándose a la pared pero fue inútil, sólo consiguió que una de sus uñas se partiera y ella gimiera, de manera casi inaudible. Apenas tenía fuerzas, si no me daba prisa moriría de deshidratación o por la intoxicación.

—Volveré —insistí y dejé la botella junto a ella, también le tendí la navaja para que se sintiera más segura, para que pudiera defenderse, aunque en su estado serviría más como efecto placebo que como arma en sí.

Ella agachó la cabeza y no dijo nada. Yo empecé el camino de regreso pero no llegué muy lejos. Apenas había caminado un par de

metros cuando divisé un foco de luz que venía hacia mí.

¿Quién podría ser? ¿Lucía? No, ella seguro que no. Habíamos quedado al día siguiente. Luego había muchas probabilidades de que fuese alguien que no me interesaba que me encontrase allí. Así que me di la vuelta y me dispuse a correr.

—¿A dónde vas, Óscar? —gritó una voz que enseguida reconocí, era José del Monte—. Ya estamos aquí, no es necesario que corras. No creo que puedas ir mucho más lejos. Además, llevo una escopeta y no me costará nada disparar. Y te puedo asegurar que te daré, el camino va en línea recta es casi imposible fallar.

Tenía razón, no había nada que pudiera hacer.

23

Del Monte no había venido solo le acompañaba Antonio. El verle no fue una sorpresa pero sí hizo que la pequeña esperanza que albergaba desapareciera de un plumazo; no quería aceptar que el progenitor de una persona tan maravillosa como Carmen fuese un criminal, aunque supiese que no hubiera sido un buen marido.

—No pareces muy sorprendido —comentó José con la escopeta apuntando a mi abdomen.

—No se crea —dije intentando controlar mi voz para que no pareciera estar asustado—. De Antonio tenía alguna sospecha pero de usted… la verdad no lo entiendo.

—La vida te da sorpresas —respondió a la vez que hacía un gesto con el arma para que me pusiera a caminar hacia donde estaba la joven—. Me encanta esa frase. ¿Sabías que es de la canción *Pedro Navaja*? Ese Rubén Blades es un genio.

Giré la cabeza hacia él y sin pensarlo dos veces le contesté:

—Tal vez debería recordar bien la canción —dije con tono cortante y le recité varias estrofas de la canción—. *Quien a hierro mata, a hierro termina* o *Como decía mi abuelita: El que de último ríe, se ríe mejor*.

Aquello le debió sentar mal porque de un rápido movimiento, que no fui capaz de ver llegar, me golpeó con la culata del arma.

—José, no seas bestia —lo recriminó Antonio—. Ya tiene bastante con lo que le espera.

—Pues que camine calladito —gruñó el otro.

Caminamos hasta llegar a la muchacha que yacía en el suelo,

aparentemente, inconsciente.

—Átalo —ordenó José a Antonio.

Éste sacó una cuerda de una mochila que llevaba en la espalda y ató mis manos, a la espalda, con gran habilidad y fuerza.

—¿Vais a matarme? —pregunté aunque, en el fondo, sabía la respuesta.

—No —respondió Antonio, todavía a mi espalda—. No somos unos asesinos.

—¿No? ¿Entonces quién mató a Carmen?

—Fue un accidente.

—¡Una mierda! —grité cabreado—. Se ahogó pero por culpa de uno de vosotros y me da igual quién fue. Porque hay que ser un cerdo para violar a una mujer.

Las manos de Antonio me agarraron y me hicieron girar hasta quedar frente a él.

—¿Qué dices? —preguntó con voz nerviosa e insegura—. ¿Qué la violaron? ¿Quién?

Estas dos últimas preguntas no me las dirigió a mí sino a su compinche que parecía tan sorprendido como él.

—Ya te dije que no fueron ellos. Me aseguraron que no la vieron. Cogieron a la rubia y la trajeron hasta aquí. De Carmen no sabían nada. Mustafá me lo juró por sus hijos.

—Han sido esos dos marroquíes de mierda si no como apareció en esa cala —continuó hablando con un tono lleno de ira y rabia—. ¡Hijos de puta!

—No le hagas caso —negó del Monte con tono autoritario—. Eso es mentira. Es un invento del muchacho para que pierdas el control y te pongas de su lado. Nunca han hecho ninguna gilipollez parecida, ni cuando sólo traían el hachís ni ahora con las chicas.

—Si no me crees pregúntaselo a la Guardia Civil —tuteé a Antonio para que me hiciera más caso, evitando decir lo que pensaba de él—. ¿Acaso no te han pedido una muestra de ADN?

La cara de Antonio variaba de la rabia a la incredulidad. Estaba descolocado, tal vez podría usar eso a mi favor.

—Antonio, no le hagas caso y ve a por lo que hemos venido, la demanda sigue subiendo y al final vendrán otros a quitarnos el negocio —ordenó José y luego se dirigió a mí—. Por cierto, Óscar, gracias por encontrar la llave. Cuando hoy entraste a la casa de Antonio y luego este me dijo que había desaparecido la nuestra, la que abría la cancela, me lo imaginé todo. De alguna manera habías encontrado la llave y habías averiguado la existencia del pasadizo. ¿Cómo? No lo sé y no me importa, pero nos has ayudado mucho. Sólo podíamos acceder por la costa pero para ello debíamos esperar a las lunas llenas y nuevas, cuando las diferencias de las mareas son mayores, y la gruta original queda accesible. Todo se nos había complicado por culpa del subnormal de Alejandro. Le parecía que su parte era poca, decía que él era quien más riesgo corría, por un lado por su jefe y por otro lado en caso de que la policía hallase la droga él tendría todas las papeletas para acabar en la cárcel.

—Y lo mató pero no encontró la llave, porque él resultó ser más listo de lo que usted pensaba.

—Tal vez, pero ya que estamos. ¿Dónde había escondido la llave?

—Pensé que te daba igual —contesté con insolencia y le miré desafiante.

—No me jodas, Óscar. Me refería al pasadizo. Lo de la llave sí me intriga.

—No fue difícil. ¿Ha leído a Paul Auster? —pregunté, aprovechando el momento ya que después no sabría lo que vendría aunque no vaticinaba nada bueno.

—Sí, pero no es de mis autores favoritos —me miró y luego sonrió—. ¿Escondió la llave dentro de un libro?

Asentí con la cabeza

—Y no era un libro cualquiera. Piense en los títulos publicados por Auster. Le daré una pista muy facilita: es su último manuscrito.

Meditó unos segundos, mientras su mirada variaba entre mi posición y el fondo de la galería, por donde se había ido Antonio. Entonces esbozó una sonrisa de medio lado.

—¡Sera cabrón! La verdad que fue ingenioso. Sabía que era un cínico de cuidado pero jamás me pensé que tanto —me miró fijamente, a pesar que su boca hacía el gesto de sonreír sus ojos estaban llenos de odio—. Todo el mundo le daba por un alfabeto porque era el guardés de la casa y mira tú. *La habitación cerrada*, más claro el agua. Seguro que debió leer las historias de Auguste Dupin, y en especial la de *La carta robada*, de Edgard Allan Poe, para ocurrírsele algo así, pero ya da igual. Todo está como debería de haber estado.

En ese instante llegó Antonio su rostro estaba serio, la mochila que llevaba a la espalda se encontraba a rebosar.

—¿Ya lo cogiste todo? —preguntó del Monte.

—Sí, todo —respondió de forma tosca, luego nos miró—. ¿Y ellos? La chica necesita de un médico.

—Mañana vendrán a por ella, no te preocupes. Vámonos ya.

Asustado ante la idea de quedarme ahí atado y a oscuras intenté lanzar un último órdago.

—Antonio, espera. No te miento. No hace mucho que nos conocemos pero sabes que no miento, y menos en algo así —dije de manera acelerada—. Carmen estuvo aquí. Esa muchacha te lo puede demostrar. Y da igual que sepas o no inglés, ella tiene algo de Carmen, un pendiente.

Antonio se giró hacia la joven que parecía haber perdido la conciencia.

—Hola —habló en un inglés algo mejor que el mío, para mi sorpresa— ¿Carmen estuvo aquí?

La muchacha asintió de manera casi imperceptible.

—¿Tienes algo de ella?

Volvió a hacer el mismo movimiento.

Antonio se arrodilló.

—¿Dónde lo tienes?

De manera lenta movió su brazo derecho hacia sus glúteos y metió los dedos en las braguitas. Sacó un pequeño pedazo de tela

sucio por las heces, el polvo y el sudor, y lo dejó caer al suelo.

Las manos temblorosas del tabernero se acercaron al bulto y, como si de algo sagrado se tratase, lo fue abriendo despacio y con el mayor cuidado posible. Cuando terminó y vio lo que allí se encontraba lanzó un potente y desgarrador grito que me heló el corazón y las venas. Después rompió en llantos, cogió el pendiente y lo besó con todo el amor del mundo, como si estuviera besando a la mismísima Carmen. Se levantó y se giró hacia José.

—Los mataré, te juro que los mataré —rugió y, a pesar de la poca luz, pude ver como de su boca brotaban espumarajos de saliva—. Los mataré con mis manos, te lo juro.

Si hubiera sido un buen jugador de póker debería de haberme callado pero, como no lo soy, no lo hice e intenté, después del órdago, marcarme un farol.

—No te dejará porque él lo sabía y ellos le son más útiles que tú. Tú ya no le haces falta, ¿por qué crees que no intervino por tu hija? ¿Por qué no les dijo que la soltaran que no la violaran?

La mente del posadero se nubló definitivamente, su cara adquirió un gesto grotesco e inhumano y saltó hacia del Monte, pero este fue más rápido que él. Desde el momento que su compinche había encontrado el zarcillo sabía lo que iba a pasar. Dio un par de pasos hacia atrás, posicionó los pies y disparó, todo con una velocidad y eficacia digna de la mejor película de acción.

El cuerpo de Antonio se paró de golpe y cayó como un saco. Inconscientemente grité y cerré los ojos, cuando los abrí ya estaba terminando de cargar la escopeta y miraba el cuerpo, aún con vida, de su socio.

—En el fondo eras un blandengue, un calzonazos —escupió las palabras sin importarle que su interlocutor fuera un moribundo—. Así te ha ido. Y sí fueron ellos quienes violaron a Carmen pero no te preocupes ya tendrán su merecido, pero tardará. Aún necesito más dinero.

Se giró hacia mí.

—¿Sabías que a esta gente le da igual que seas mujer u hombre? Mientras encuentren un agujero donde meterla les da igual. Les daré instrucciones para que se diviertan contigo, igual hasta te gusta —desvió su mirada a la muchacha—. Y ella espero que aguante hasta

mañana, de todas formas los hoteles están llenos de mujeres como ella. Una más o una menos qué importa, aún estamos en fecha de entrega.

Se acercó a mí y me propinó una fuerte patada en los riñones.

—Esto de regalo. Que descanses, Óscar. Mañana, necesitarás estar en forma y descansado. Hasta nunca.

Sin más empezó a caminar hacia la casona envolviéndonos, a los tres, en una oscuridad total.

24

La noche se hizo larga, muy larga. Ya había vivido la experiencia de estar en una cueva y ver como la percepción del paso del tiempo cambiaba en nuestro cerebro, pero en aquella ocasión había sido en una excursión. El monitor nos explicó una serie de conceptos acerca del cerebro, la luz y algo más que ahora no recuerdo. Lo que quería decir era que en una oscuridad total, sin ninguna referencia, el tiempo no pasaba igual para nosotros que para nuestros relojes. En aquella ocasión estuvimos un par de minutos a oscuras y pareció como si hubieran sido cinco o más. Pasar más de ocho horas en aquel pasadizo fueron como una eternidad.

Intenté dormir pero no me fue posible y si lo hice fueron descansos de unos pocos minutos de duración. Porque la oscuridad además de confundirnos en nuestra percepción del tiempo interviene y modifica todos nuestros sentidos, y entre ellos está el de la audición. En la oscuridad parece como si todos los sonidos se amplificaran pero no es así, lo que realmente sucede es que nuestro oído se hace más sensible siendo capaz de captar sonidos que normalmente no escucharíamos. Y eso es lo que me pasó a mí e hizo que no pegase ojo. Por un lado los gemidos y estertores de Antonio que terminó de fallecer en algún momento de la madrugada, por otro lado la pobre Brooke que también gemía y lloraba a la vez que captaba sus movimientos espasmódicos producidos por las náuseas y los calambres musculares, y, finalmente, otros sonidos que yo asimilé serían los habitantes de la galería que no quise poner forma y que por suerte no se acercaron lo suficiente a nosotros como para confirmar su existencia.

Calculé que ya debía de ser de mañana, luego averiguaría que eran cerca de las nueve de la mañana, cuando la voz de la joven me sacó de mis pensamientos.

—Óscar, Óscar —susurró, su voz en otro momento hubiera sido

casi inaudible pero en las condiciones en que estábamos pude escucharla como el lamento de un fantasma—. Ven. Tienes que irte. Tienes que buscar ayuda. Ven.

Por un momento pensé que Brooke había perdido la razón.

—¿Qué dices? No te entiendo —respondí en voz baja, sin saber muy bien el motivo pues a fin de cuentas estábamos solos.

Dijo varias frases más pero no pude entenderlas pues habían palabras que no conocía.

—No te entiendo. Yo no hablo inglés.

Sentí que se removía en su sitio y parecía arrastrarse.

—Ven. Yo tengo tu cuchillo.

Mi navaja, ella tenía mi navaja. Aquello cambiaba las cosas, había una posibilidad de poder salir de ese agujero. La joven siguió moviéndose y yo hice lo mismo. Con cuidado fui hacia donde procedía el sonido hasta que nos encontramos. Realmente no nos movimos mucho pero esos dos metros escasos se hicieron como diez o más.

Noté una mano suya junto a las mías, estaba fría y sudorosa. Tenía que estar casi completamente deshidratada, eso pensaba, pues llevaba días sin beber y con fiebre. Sentí que abría mis dedos y depositaba la multiusos en mi mano.

—Brooke, yo no puedo. Necesito tu ayuda. Usa la navaja —parecía un idiota hablando con ella y me frustraba el no poder encontrar las palabras correctas.

Pareció entenderme porque volvió a cogerla y unos segundos después comencé a sentir la hoja rozando las ligaduras. La tarea que en ocasiones normales hubiese llevado apenas unos segundos se alargó durante largos y agotadores minutos. En varias ocasiones la navaja se cayó de las manos de mi nueva amiga y en otras sentí como se le escapaba y era mi piel la que alcanzaba el corte; en esas ocasiones me mordía el labio y aguantaba el dolor pues no quería que ella se asustara y dejase de intentar liberarme. Pero como todo lo que tiene un comienzo tiene un final mis ligaduras acabaron cediendo y cayendo al suelo.

—Gracias, eres la mejor —acerté a decir.

Me masajeé las manos y las muñecas que tenía doloridas por la posición y la presión de las ataduras. Me giré y encendí la luz del reloj. Eran casi las diez menos veinte. La luz no me daba para ver a la joven así que me acerqué a ella. Con cuidado moví mis manos hasta que toqué lo que supuse era su cuerpo, en verdad para mala suerte mía eran sus pechos. Ella dio un pequeño grito y un respingo. Le pedí disculpas y alcé mis manos. Toqué sus mejillas y le di las gracias.

—Ahora. Ve a la policía —dijo ella, que extendió sus manos hacia mi cara—. Yo dormiré.

La sensación de sus manos en mi rostro fue agradable y a la vez lo opuesto. Primero fue una sensación extraña y desagradable pero luego varió y hubiera estado horas sintiéndolas sobre mi piel. Del frío gélido que preside a la muerte habían pasado a un calor acogedor, al calor de la esperanza y de los sueños. Se las cogí y las besé.

—Volveré. Volveré con la policía —le aseguré con total convencimiento—. Duerme y sueña.

Ella contestó con un breve sí y se tumbó. Entonces me fui a levantar pero me detuve, había escuchado un sonido extraño a lo lejos. Venía, si no me equivocaba, del camino por donde yo había entrado, del de la casona. Estaba casi seguro que había sido el chirriar de las bisagras al abrir la cancela lo que yo había escuchado. Alguien venía y entonces el miedo recorrió mi cuerpo al completo, un sudor frío bajó por toda mi espina dorsal extendiéndolo sin reparo y sin pausa. Si del Monte no me había engañado los que estaban acercándose no eran otros que los marroquíes que trabajaban para ellos, los que les traían el hachís y se llevaban a las muchachas para servir de esclavas sexuales. Pronto vi los focos de las linternas y antes de que me diera cuenta casi habían llegado hasta donde nos encontrábamos. Tenía que pensar en algo y decidí jugármela a una carta. Eran dos y yo no podría luchar contra ellos sin tener alguna ventaja a mi favor, yo no tenía experiencia en la lucha y ellos por su vida de maleantes tendrían más que de sobra. Así que me quedé sentado con las manos en la espalda, como si estuviera atado, y con la navaja escondida, en mi mano derecha, con dos de las hojas abiertas de tal manera que por ambos lados de mi puño sobresalían centímetros de acero afilado ansiosos de sangre.

Venían despacio, sin prisa, hablando entre ellos como si estuvieran paseando nada más. Cuando llegaron hasta mí se callaron. Me enfocaron y oí que decían algo pero no les entendí, luego alumbraron a Brooke. Se acercaron a ella, mientras lo hacían, yo me

giré para que no se dieran cuenta que no estaba atado y lo que escondía en mi mano. Vi que uno negaba con la cabeza mientras el otro se agachaba e intentaba sentar a la muchacha, pero ella parecía incapaz de aguantarse y caía al suelo en cada intento.

—¡Dejadla en paz! —grité enfadado—. No veis que está muy mal, se está muriendo.

Se giraron hacia mí, luego se miraron.

—Igual deberíamos hacerle un favor antes de que deje este mundo —comentó en castellano el que se encontraba agachado— ¿Tú qué crees?

El otro esbozó una sonrisa perversa y miró a la muchacha.

—Huele a mierda. Es bonita pero ese olor, no creo que se me levante.

El que estaba agachado sonrió y cogió la camiseta de la joven y se la rasgó con un cuchillo que llevaba dejando sus pechos al descubierto. Le terminó de quitar la prenda y la arrojó lejos de ella.

—¿Y ahora? —preguntó mientras con una de sus manos empezaba a manosear los senos de Brooke que solo pudo gemir, de dolor no de placer—. Parece que le gusta.

—¡Hijo de puta! —grité con más fuerza todavía y me puse en pie con las manos en la espalda, fingiendo todavía estar atado—. Déjala en paz o te juro que te mato.

El otro marroquí se acercó a mí tanto que nuestras narices casi se tocaron.

—Déjate de mierda. Además Mustafá sabe hacerlas gozar, si no estuviera muerta la hija del posadero te lo podría decir. Al principio no quería abrir las piernas pero luego… hasta por la boca. Y no una fueron varias veces… y siempre decía: *por favor, por favor*.

La ira, el odio, el asco y la venganza se adueñaron de mí en ese momento y sin pensarlo lancé mi puño hacia su cuello en un rapidísimo giro clavándole la navaja en él. Sus ojos se abrieron de sorpresa y de dolor pero no tuvo tiempo de reaccionar. A la vez que la navaja se clavaba mi otra mano salió despedida hacia su barbilla sujetando su cara, saqué la hoja de su interior y se la clavé tres veces más antes de que pudiera hacer algo. Me apartó de él pero por su

mirada y como manaba la sangre supe que ya poco podría hacer contra mí, un segundo después cayó al suelo agonizando. El que estaba con Brooke soltó el pecho de la joven y fue a levantarse pero la confusión hizo que todo los movimientos fuesen como a cámara lenta cosa que aproveché para girarme y propinarle una potente patada en la boca. Voló hacia atrás, sin soltar la linterna, y esta vez sí reaccionó rápido. Se levantó y me alumbró con el foco y lo que vio no debió de gustarle porque salió corriendo en sentido contrario de la cancela, lo más probable que tomaría esa dirección confundido pensando que ese era el camino por el que habían venido. Me agaché a coger la otra lámpara que estaba en el suelo y fui detrás de él.

Corría como un galgo pero mi rabia hizo que pudiera alcanzarlo tras varios minutos de persecución. Había ido bajando la velocidad, poco a poco, a medida que se había dado cuenta de que había tomado el camino equivocado. Llegamos hasta una especie de sala, la galería se ensanchaba bastante y allí habían varios fardos de buen tamaño así como unas cajas más pequeñas aparentemente de metal. Era el lugar donde guardaban la droga que luego iban distribuyendo por la isla.

—¡Vete, déjame en paz! —gritó Mustafá—. Si te vas te prometo que no te mataré.

Mostró un cuchillo de grandes dimensiones, mayor que el que yo tenía.

—Esa mierda de navaja, no te valdrá de nada. Si no te vas te abriré en canal pero no dejaré que te mueras, lo haré de tal manera que vivas y sientas como los cangrejos te van devorando tus tripas.

No sé el porqué pero me reí soltando una potente carcajada. Tal vez porque lo que acababa de decir era una solemne gilipollez o tal vez porque en ese momento no era yo, era mi Mr. Hyde, era mi parte más oscura, la parte de mí que quería vengar la muerte de la pobre Carmen.

Lancé una mirada rápida a mi alrededor y vi un viejo taburete de madera. Estaba ya para el arrastre, lo cogí de una pata y lo estrellé contra el suelo rompiéndose. Tomé uno de sus extremos y lo miré, era tan grande como el cuchillo del moro. Me pasé la madera a la mano derecha y en la izquierda sujeté la navaja, la idea era muy simple golpear con la derecha y cuando se defendiera clavarle el cuchillo donde fuera, a ser preferible en el brazo derecho o en un muslo. Mustafá pareció comprender mis intenciones porque cogió una de las cajas de metal y la lanzó con fuerza hacia mí. Apenas tuve tiempo de girarme y sentí como me golpeaba en una pierna, lancé una maldición pero el daño no fue de gravedad.

El cobarde violador, pues es lo que era, salió huyendo, cosa que no me extrañó. ¿Qué se podía esperar de alguien que abusaba de mujeres y además indefensas, ya fueran atadas o moribundas? Corrí detrás de él, las fuerzas me fallaban y la pierna me dolía pero las ganas de venganza, y el hecho de saber que iba a conseguirlo, me dieron la energía suficiente para seguir adelante. Hasta que nuevamente el marroquí se detuvo y se giró hacia mí, en su rostro se podían ver tanto la ira como el miedo. A medida que me acercaba

pude comprobar por qué se había detenido, frente a él ya no había tierra, sólo el mar. Habíamos llegado hasta el final de la galería, ya no podía huir ya solo podía enfrentarse a mí.

Dejé de correr y empecé a caminar despacio hacia él, lo hacía tanto para intimidar como para ver a la persona a la que me enfrentaba. Era un poco más bajo que yo, apenas dos o tres centímetros, y su cuerpo era muy delgado pero no debía dejarme engañar pues la vida en el mar es una vida dura, lo más probable era que sería pura fibra, puro músculo, sin nada de grasa. Pero eso no quería decir que fuese más fuerte que yo o que fuera a vencerme, se veía miedo en su mirada y eso era un punto a mi favor.

—¡Vete! ¡Vete! —chilló, luego dijo un montón de frases en árabe u otro idioma parecido que no entendí.

Cuando ya estaba a una distancia prudente, en la cual él no me podría hacer nada con su cuchillo, me detuve y sonreí. Esbocé una sonrisa parecida a las de Hannibal Lecter, en el *Silencio de los corderos*, que debió funcionar porque mi oponente dio otro paso hacia atrás introduciendo su pie derecho en el agua de mar. Y en ese instante chillé y cargué contra él. Como ya esperaba, intentó atacarme primero y cuando lanzó su brazo armado contra el mío lo esquivé pivotando, usando mi pierna izquierda de apoyo, a la vez que descargaba un fuerte golpe con la pata de la silla que aún llevaba conmigo. Gritó y maldijo algo que no entendí a la vez que soltó el cuchillo, momento que aproveché para lanzar un rápido movimiento con mi brazo izquierdo para intentar apuñalarlo. Pero él también vio mi jugada y logró parar el golpe y sujetar mis muñecas con sus manos. Forcejeamos pero nada, estábamos en una posición de tablas y entonces me acordé de Lucía. Me acerqué a él y rápidamente levanté mi pierna contra sus testículos. Ahora no gritó ni gruñó solo gimió, me soltó las muñecas y cayó de rodillas, momento que aproveché para darle un fuerte plantillazo en su pecho que lo tiró al agua. Al caer dio un ligero gruñido, su rostro reflejaba sorpresa y miedo.

Me acerqué a él y me arrodillé, le agarré del cuello y le hundí la cabeza en el agua. Con sus brazos intentó golpearme, arañarme, producirme algún tipo de daño pero por suerte el pánico le dominaba y sus golpes eran como los de un niño de cinco años, molestaban pero no dolían. Saqué la cabeza del mar cuando imaginé que estaba ya a punto de ahogarse, de empezar a tragar agua, y le escupí en la cara.

—Así que eres de esos, ¿verdad? —le chillé con odio y repugnancia—. ¡De esos que tienen que ir en grupo, que son unos

cobardes de mierda! Esos que solos no se atreven a hacer nada, que solo saben esconderse.

Le volví a hundir la cabeza en el agua y la volví a sacar, al cabo de casi un minuto.

—Me das pena. ¿Sabes una cosa? Vas a morir y vas a morir como un perro, ahogado.

Otra vez más lo sumergí pero en esta vez no volví a dejarle respirar, lo aguanté hasta que dejó de moverse y después de eso esperé lo que calculé serían tres minutos más. Tenía que estar seguro de que esa escoria estuviera muerta y que, de ahí, fuera a pudrirse al mismísimo infierno.

Me levanté y corrí hacia Brooke. Estaba tumbada en el suelo, parecía dormida, me agaché y le tomé el pulso. Era muy débil al igual que su respiración, veía su torso desnudo subir y bajar mínimamente. Me quité mi camiseta y, con mucho cuidado y respeto, se la puse. Luego corrí hacia la cancela esperando que estuviera abierta.

25

Para desgracia nuestra la verja estaba cerrada. Forcejeé con ella pero fue inútil, la llave estaba echada. Me quedé mirando durante unos segundos intentando averiguar la manera de abrirla, pero por desgracia yo no era MacGyver para inventar cualquier tipo de ganzúa o explosivo con mi navaja suiza, un chicle y a saber que otra cosa más. Debía de salir de allí ya, necesitaba buscar ayuda para la muchacha pero no había salida. Bueno, no había salida fácil porque quedaba la otra opción: la mala, la que llevó a la muerte a Carmen. Era una locura pues yo no era un gran nadador, es más yo había aprendido a nadar por mi cuenta. Nunca había ido a una escuela de natación. Aprendí un día en la piscina privada que había en el pueblo donde veraneábamos, cuando íbamos a la Península. Primero a hacer el *muerto*, después a ir de espalda y, poco a poco, terminé nadando al estilo crol, o algo parecido. Pero lo peor era que primero debería de salir buceando y ahí yo tenía un gran problema, no era capaz de bucear con los ojos abiertos en agua marina, mis ojos se irritaban enseguida.

Empecé a dar vueltas, como si fuera un perro con intención de acostarse, mientras me llevaba las manos a la cabeza intentando buscar otra opción pero por desgracia no la encontré. Cada segundo era importante así que salí corriendo al otro lado de la galería. Cuando llegué tomé unos segundos para descansar y relajarme, o al menos intentarlo.

Más tranquilo me acerqué al agua, apartando el cuerpo inerte del marroquí a la orilla, y me mojé la nuca, los brazos y el pecho. Después inhalé y exhalé profundamente tres veces y volví a inhalar llenando mis pulmones desde abajo hasta arriba del todo, era una técnica que me habían contado ayudaba a aumentar la capacidad de los pulmones y esperaba que fuera cierto. Terminado me sumergí en el mar.

Por suerte no tuve que tomar muchas decisiones para salir, el camino bajaba uno o dos metros y después seguía recto varios metros

más hasta el océano. Cuando por fin conseguí salir me puse tumbado cara arriba, haciendo el *muerto*, mientras intentaba recuperar algo de fuerza. Pero me sentía muy cansado, llevaba muchas horas sin dormir, sin comer, sin descansar y con un estrés considerable. No sabía si sería capaz de llegar a la orilla. El mar estaba algo movido y notaba las olas que me movían de un lado para otro, esperaba que me acercasen a la orilla y no que estuviesen haciendo todo lo contrario. Por desgracia no fue así, cuando volví a ponerme en posición para ver la costa sentí que me fallaban los brazos y los pies. En los pocos minutos que me había quedado tumbado recuperando fuerzas el mar me había alejado bastantes metros, iba a ser misión imposible pero no había otra opción. Hiciera lo que hiciera moriría ahogado, por lo menos habría que intentarlo. Así que empecé a dar brazadas.

En un principio nadé hacia la costa pero pronto comprendí que era absurdo, no conseguía avanzar nada. Cambié de rumbo y lo que hice fue seguir la costa hasta que encontrase una zona donde la marejada no fuese tan fuerte y pudiera entonces encarrilarme hacia tierra firme. Pero lo que temía sucedió, los brazos empezaron a pesarme como si fueran de hormigón, las piernas casi no podía moverlas y, en un momento dado, la izquierda sufrió un terrible calambre y el músculo de mi muslo se encogió. Me puse nervioso por el dolor y la imposibilidad de mover la pierna, me hundí apenas unos centímetros pero al hacerlo tragué agua y empezó a darme la tos.

Todo sucedió muy rápido cuando quise darme cuenta mis piernas ya no me obedecían. Entré en pánico y empecé a mover los brazos a lo loco y a tragar agua. Al final mi cuerpo se rindió y perdí la conciencia, o por lo menos parte de ella porque sentía como mi cuerpo se iba poco a poco hundiendo.

No tenía miedo, sabía que iba a morir pero no tenía miedo. Solo sentía no haber podido ayudar a la joven británica porque a Carmen ya la había vengado.

Entonces sentí que algo me golpeaba en la espalda, no sé lo que fue pero era algo duro. Seguí hundiéndome y volví a sentir que algo me golpeaba pero esta vez en el pantalón, y dejé de hundirme. Al instante sentí algo a mi alrededor. Algo que tenía brazos porque me agarró y tiró de mí hacia arriba, pero no solo era esa persona quien tiraba de mí. Lo que se había enganchado a mi pantalón también jalaba de mi cuerpo hacia arriba y entonces una palabra se vino a mi mente confusa: bichero.

Cuando por fin recuperé la conciencia estaba en una barca y

alguien me abrazaba con fuerza. Al abrir los ojos encontré frente a mi una camiseta mojada que dejaba entrever unos pechos desnudos, con sendos pezones erectos por la brisa que soplaba.

—Óscar, te prometo que un día te dejaré jugar con ellas pero deja de mirar mis tetas, ¿vale? —me regañó una voz que conocía bien y que ahora parecía la de un ángel.

—Vale, Lucía —contesté antes de volver a la inconsciencia.

26

No, no estaba muerto a pesar de no sentir ningún dolor y sentirme descansado y en una más que grata paz. La cama del hospital era muy cómoda, limpia y, a pesar de estar en verano, bastante fresca.

Alguien tocó un par de veces en la puerta y esperó.

—Adelante —dije sin poder evitar soltar un pequeño gallo.

La puerta se abrió y ante mí estaba la persona a la que debía la vida, la amiga que a todo el mundo le gustaría tener.

—Mejor no te dediques al cantó —se burló ella de mi inesperado gallo—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondí, mientras ella acercaba una silla a mi cama—. ¿Y Brooke?

—Viva, gracias a ti. No veas todo lo que dijiste cuando estabas medio inconsciente, hasta el propio Abel se sonrojó y todo —respondió con una amplia sonrisa—. Hay un par de cosas que ya me explicarás. Está en coma pero los médicos son muy optimistas. Le están poniendo antibióticos y mucho suero, sufría de una deshidratación severa.

—Gracias, Lucía —volví a agradecerle por enésima vez—. No sé cómo te lo voy a pagar, estaré en deuda contigo para siempre.

—Déjate de tonterías —protestó mientras me cogía la mano derecha con la suya—. Para eso están los amigos.

—¿Y del Monte? —pregunté de repente, acordándome que estaba todavía libre.

—Detenido, no te preocupes. Ya no te podrá hacer daño. Es más, también se ha interceptado un pesquero de bandera marroquí en Las

Palmas. Los dos marroquíes formaban parte de su tripulación. Por lo visto la Guardia cCivil y la policía marroquí ya le habían echado el ojo.

—Y ahora, ¿qué será de mí? —pregunté recordando todo lo que pasó en el pasadizo.

—No entiendo —contestó ella poniendo cara de sorpresa, aunque enseguida noté que era un gesto fingido.

—Por la muerte de los marroquíes.

—Sigo sin entenderte, Óscar. Uno lo debió de matar Antonio antes de que a este lo matara del Monte —contestó como si contara el argumento de una película —. Y del otro… bueno ese será difícil saber qué es lo que le pasó. Parece que parte de la galería se hundió, tenía muchos años y poco mantenimiento.

Me incorporé en la cama aturdido por lo que estaba escuchando.

—No entiendo nada —acerté a decir—. ¿Me lo podrías explicar todo de manera que pueda entenderlo?

Me soltó la mano y se enderezó en la silla.

—De acuerdo, te lo explicaré todo —se levantó y cerró la puerta, luego volvió a sentarse—. Pero, antes de nada, debo decirte que fuiste un inconsciente por entrar ahí solo. Habíamos quedado para ir juntos y gracias a eso te salvaste, de no haber quedado ahora estarías muerto. Me dan ganas de pegarte una buena azotaina porque te comportaste como un niño chico, como un loco.

Mientras hablaba me miraba con gesto serio, tan serio que no pude evitar reírme.

—Lo que faltaba encima te tomas a recochineo lo que te digo, hay que joderse —protestó, intentando evitar reírse—. Bueno, a lo que iba. Después de que te encontráramos te llevamos al centro de salud más cercano y allí llamé al cuartelillo, en seguida se presentaron el sargento Bevia y la cabo Chamizo. Les expliqué quién era y que estaba investigando, por mi cuenta, la desaparición de unas mujeres en la isla. También les conté tu hallazgo del pasadizo y de nuestras sospechas de que las mujeres estuvieron ahí escondidas, y que tanto el guardés como Antonio podrían estar implicados. Así que viendo tu estado y nuestras pesquisas accedieron ir al Este y mirar en la galería. Allí encontramos a Brooke Williams, la última desaparecida, también

el cadáver de Antonio y de un magrebí muerto. Mientras Abel ayudaba a la cabo a sacar a la muchacha a la casa, el sargento y yo seguimos adelante y encontramos el zulo donde escondían la droga.

Hizo una pausa, cogió mi vaso con agua y bebió un trago.

—Espero que no te importe.

Negué con la cabeza.

—Mientras el sargento Bevia se quedó tomando nota, de los fardos de hachís y de los maletines con cocaína y heroína, yo continué por la galería hasta llegar al final donde encontré al otro marroquí muerto. Comprendí que habías sido tú quien lo había matado y, probablemente, al otro también así que regresé a donde estaba el guardia y le convencí de que debíamos de volver y de que más allá no había nada. Accedió a regañadientes y volvimos con la barca a Corralejo. Ellos se fueron con la joven al hospital, dijeron que después irían a hablar con sus superiores para comentar lo que habían visto y solicitar las órdenes pertinentes para poder realizar un registro de acuerdo a la Ley y poder sacar la droga y ponerla en lugar seguro. Además intentarían conseguir una orden de detención para José del Monte y, otra, para poder registrar la casa y todas sus pertenencias a conciencia.

»Tenía el tiempo justo para evitar que te implicasen de alguna manera, así que hablé con Abel. Algo me decía que él no tenía nada que ver con ellos y, efectivamente, no me equivocaba. No sabía nada de la droga y menos de las mujeres desaparecidas, aunque no era trigo limpio del todo. Debido a la crisis había tenido que buscar otras formas, menos legales, para conseguir llevar más dinero a su casa, pero como no le gusta hacer daño a otras personas lo que hizo fue dedicarse a la pesca ilegal usando nasas para langostas, en zonas no permitidas, y explosivos para pescar de manera más rápida. Luego lo que conseguía de forma ilegal lo vendía a hoteles y a restaurantes en gris o en negro, sin factura pero a veces de manera ilegal. En especial las langostas donde sacaba un buen pellizco. Me arriesgué y le pedí ayuda para evitar que acabases en la cárcel, y no lo dudó ni un segundo. Se ofreció para lo que hiciera falta, por lo visto le has caído bien. Vete tú a saber por qué.

Paró de nuevo y bebió más agua.

—¿Quieres que llame a la enfermera para que traiga más? —preguntó con sorna.

—Si fuera cerveza sería mejor —respondió y me guiñó un ojo—. Como te decía se ofreció a ayudarte. Regresamos a la casa, entramos a la galería e hicimos estallar un par de barrenos, los justos para que se derrumbase parte de la galería y ocultase el cadáver que estaba junto al agua. El otro, con ayuda de la señorita Williams se lo cargaremos a Antonio que ya no podrá defenderse. Además, todo el mundo se lo creerá pues pensarán que él se volvió loco al enterarse de que su hija había sido forzada por esos desgraciados.

—¿Y no podríamos haber hecho lo mismo con el otro? —interrumpí a Lucía que no pareció molestarle.

—Sí, tal vez, pero allí había una navaja, un cuchillo, la pata de una silla, muchas cosas que indicaban que había habido lucha. Sería difícil explicar los hechos. Mata primero a uno, corre a por el otro y acaba con este, regresa a donde estaba el primero y del Monte lo mata. ¿Por qué? ¿Por qué no lo mató antes? En cambio, de esta manera si deciden sacarlo de toda esa maraña de piedras, los forenses, no podrán determinar con seguridad las causas de la muerte. El cuerpo deberá estar hecho papilla ante tantos cientos de kilos de roca.

»Así que no te preocupes por nada, descansa porque ya hiciste lo que tenías que hacer: justicia a Carmen. Y lo que es mejor, he hablado con mis superiores y me han pedido que haga un informe lo más detallado posible para enviarlo a la Interpol. Tal vez no acabaremos con la explotación de las mujeres pero sí con las desapariciones aquí en Fuerteventura.

Asentí, otra vez, con la cabeza y cogí la mano de Lucía, todo había terminado para siempre aunque por desgracia esto hubiese implicado tanta muerte en el Este.

Epílogo

Una semana después estaba de regreso en Tenerife. Julio Alcázar regresó de sus vacaciones para hacerse cargo de la casona y de mí, cosa que me sorprendió gratamente.

José del Monte fue detenido he imputado de cargos de asesinato, homicidio, secuestro y de posesión y venta de sustancias estupefacientes. No fueron admitidos los cargos de miembro de banda organizada y trata de blancas por falta de pruebas. Aún así, según Lucía, con lo que le caería de condena lo más probable es que acabaría sus últimos días en prisión.

Dejé la jarra de cerveza, ya era la tercera, en la mesa y miré, detenidamente, a Lucía. Estaba espectacular con aquella blusa vaquera de manga corta, que se le pegaba al cuerpo casi como una segunda piel. La llevaba desabrochada lo justo para dejar el inicio del canalillo de sus pechos, una insinuación más que sugerente.

—¿Qué piensas? —preguntó Lucía tras finalizar su cuarta jarra.

—Qué voy a hacer ahora —respondí agarrando mi copa y finalizándola también—. ¿Tú podrías recomendarme para trabajar en tu equipo?

Ella sonrió.

—Óscar, entrar en la Unidad de Drogas de Europol no es fácil. Además, ¿no crees que deberías hacer algo antes?

—¿El qué? —pregunté sorprendido.

—Terminar la academia, que hayas aprobado las oposiciones no quiere decir que ya seas policía. Todavía te pueden echar para atrás, son muchos los que no logran acabar el año en Ávila.



Levanté la mano hacia la camarera para pedir otras dos jarras más.

—Eso está chupado para mí.

—Seguro que sí, pero si yo fuera tú no tendría tanta prisa. En un año, dos como mucho, empezará a funcionar la Europol al cien por cien y con tu juventud seguro que tendrás más oportunidades. No les interesaran sabuesos resabiados.

La camarera nos trajo las jarras e hicimos un nuevo brindis.

—Por cierto aún estoy esperando —comenté tras degustar la bebida recién traída.

Lucía me miró con cara de sorpresa.

—¿Esperando?

—Sí, a que cumplas tu promesa.

—Hoy estoy espesa, ¿qué promesa?

—A dejarme jugar con ellas —respondí con una sonrisa pícara mientras señalaba con mis ojos y cejas a sus pechos.

—¡Lo sabía! Sabía que estabas enamorado de ellas —rió con ganas, poniéndose colorada y casi ahogándose por esto—. Lo prometido es deuda pero todavía vas a tener que esperar un poquito más. Pero te aseguró que antes de que seas inspector jugarás con ellas.

Me tendió la mano y yo se la estreché.

Hoy en día, seis años después, ya soy subinspector y sigo esperando pero no tengo prisa porque más vale una buena amistad que un grato jugueteo de tetas.

Agradecimientos

En primer lugar gracias a la gente de Fuerteventura por su amabilidad, por su paciencia y por la maravillosa isla en la que habitan. Espero que sepan comprender las libertades que he tenido al incluir un par de localidades que no existen, pero que como es lógico eran esenciales para la historia: Villa Juana y el islote del Este.

Quiero agradecer también a Enid Blyton porque con sus libros de aventuras de los cinco me aficioné a las historias de aventuras y misterio. Si no habéis leído sus libros hacedlo, son historias muy sencillas y fáciles de leer que, seguro, engancharán a la lectura a los más jóvenes y noveles lectores.

También quiero dar las gracias a los atrevidos voluntarios que han ido leyendo página a página y viendo cómo la historia se iba modificando hasta llegar a lo que es hoy, gracias a sus correcciones y consejos.

Y por último quiero darte las gracias a ti lector porque, como siempre decimos los escritores, sin vosotros nuestro trabajo no tendría sentido y, además, nos motiváis a mejorar cada día un poco más. Un abrazo y hasta la próxima.

Table of Contents